

IGNACIO CHATO GONZALO

Directores

CARLOS TAIBO

JAIME NOGUEIRA PINTO

PRESENTACIÓN

La cuestión de los nacionalismos resulta, a todas luces, tremendamente actual y cotidiana para la opinión pública española, acostumbrada a convivir con un fenómeno que, lejos de percibirse resuelto y acabado, no deja de despertar pasiones enfrentadas. Un persistente centro de atención que, desde la articulación territorial adoptada en la constitución de 1978, sigue provocando insatisfacciones e inconsistencias, generando un difícil movimiento que trata de amortiguar y encajar las demandas nacionalistas dentro del marco autonómico existente. De ahí los diseños y planes que tratan de circunscribir una realidad plurinacional como la española dentro de los límites legales, en busca de una geometría imposible que resulte mínimamente congruente, aceptable y perdurable. Una situación completamente diferente a la de Portugal, en donde la simple referencia a unos pretendidos nacionalismos peninsulares no puede dejar de causar perplejidad y, cómo no, prevención. Y es que en este país, con una identidad nacional perfectamente asentada en el imaginario colectivo, no existe ningún tipo de cuestionamiento en cuanto a la pertenencia común a la nación portuguesa. Sólo el tema de la “regionalización”, que ha afectado únicamente a propuestas de organización administrativa alternativas al es-

quema altamente centralizado del estado luso, puede ser mencionado como una mínima y escasamente trascendente cuestión territorial. No es de extrañar que resulte complicado percibir, desde Portugal, la encrucijada nacional española, tan alejada de sus vivencias y experiencias. Pero, al mismo tiempo, no puede dejarse de contemplar con la máxima atención, dado que para una adecuada interlocución que atienda cabalmente los intereses comunes, no se puede prescindir del entramado autonómico español, incluidos los anhelos nacionalistas que cobija.

Para un correcto planteamiento del tema se hace preciso partir, como indicaba Jaime Nogueira Pinto (*Profesor del Instituto Superior de Ciencias Sociales y Políticas*) al inaugurar el curso, del estado de “confraternización” en el que se encuentran las relaciones hispano-lusas, que da sentido a esa mirada cruzada y asimétrica de los nacionalismos peninsulares. Es cierto que este acercamiento ha sido fruto, sobre todo a raíz de la común pertenencia a la Unión Europea, de la construcción de un mercado peninsular, que ha intensificado el grado de los intercambios entre los dos países y que tiene su reflejo en las cifras del comercio bilateral. Pero los números, y la euforia optimista en que derivan, no deben hacernos caer en el conformismo que se instala en el discurso oficial –ni en el oficioso que se refleja en la opinión pública–, que evita, por razones de convivencia y de conveniencia, el entrar a valorar las cuestiones políticas sensibles que afectan a uno y otro estado. Los nacionalismos en España son, sin duda, uno de esos “demonios” que perviven en el debate político y que precisan de un especial interés, incluidas la clase política y la opinión pública portuguesas. Efecto del devenir histórico, las identidades nacionales peninsulares se han ido desarrollando, a lo largo de los dos últimos siglos, en torno al eje que vienen a marcar los conceptos políticos de “estado” y “nación”, que establecen entre sí un haz de relaciones simbióticas y dialécticas. Conceptos de una alta carga teórica e ideológica, que en su aplicación factual y política fueron generando modelos en cuanto a su virtualidad histórica. De entre los paradigmas creados, los que han destacado por su concepción e influencia en el resto de Europa, han sido el nacionalismo alemán y su idea de “comuni-

dad”, expresión del sentimiento de pertenencia, y la nación republicana francesa, fruto del voluntarismo que establecía una nueva unidad cívica. Dos formas de entender la nación que vinieron a interactuar en la génesis y desarrollo de los nacionalismos peninsulares, integrando una evidente ambigüedad a la hora de entender y abordar el hecho nacional.

Desde un punto de vista jurídico, como afirmaba Jaime Nogueira, resulta evidente que la península está formada exclusivamente por dos estados, el portugués y el español; una evidencia que no tiene su correlato en cuanto al número de naciones que albergan. En este caso, frente a la unidad y exclusividad nacional lusa, una sola nación portuguesa –la más antigua de Europa para mayor consistencia–, el carácter plurinacional de España genera un espacio abierto a la tensión y a la polémica política. Las fuerzas centrífugas que representan los casos nacionales de Cataluña, País Vasco y Galicia, que han ido moldeando la configuración autonómica establecida por la constitución, implican una realidad conflictiva e inacabada que afecta lógicamente a la mirada que se tiene desde Portugal. Más allá de plantear esta cuestión desde un punto de vista pragmático y diplomáticamente perverso, preguntándonos si la fragmentación política española resulta conveniente o ventajosa para los intereses lusos –y especialmente para el mantenimiento de su identidad nacional–, habría que situarla, asumiendo la exigencia de una complicidad necesaria, en los retos que supone para las relaciones bilaterales la configuración actual de las autonomías españolas.

Carlos Taibo [*Profesor de Ciencias Políticas en la Universidad Autónoma de Madrid*], codirector del curso, prevenía de la naturaleza artificiosa en la que puede convertirse “la mirada del otro”, perspectiva que, aparentemente, permite acercarse con benevolencia y generosidad hacia el país vecino. Un planteamiento que tiende a enriquecer las percepciones, a buscar un mayor entendimiento y a comprenderse mejor, pero que en lo que respecta a las relaciones hispano-portuguesas ha desembocado en una evidente asimetría de conocimientos. Entre las dificultades que afectan a ese acercamiento mutuo, destacaba precisamente el carácter distorsionador de los naciona-

lismos, tanto el que proviene de los denominados “periféricos” como el que procede del discurso de los “nacionalismos de estado”, más sibilino y poderoso y que despierta, habitualmente, escasa atención. Entidades nacionales y políticas que no tienen una naturaleza tan compacta y sólida como parece, como tampoco lo es la lectura de las percepciones que despiertan en uno y otro país, que no resultan tan unívocas y homogéneas como se quiere hacer ver. Porque incluso desde Portugal existen, por lo menos, dos miradas contrapuestas hacia la realidad nacional española: una que mantiene la visión de la supremacía de la perspectiva de los dos estados y que no admite rebajar a Portugal a otro tipo de relación que no sea la exclusivamente bilateral; y otra que considera que debe formar parte de la realidad autonómica española y participar activamente en esa escala de contactos y conexiones.

Más allá de la coexistencia de esta doble perspectiva en el discurso político luso, lo cierto es que el tradicional eje Madrid-Lisboa, que centralizaba y absorbía el conjunto de las relaciones entre los dos países, ha quedado sobrepasado por el nacimiento de un nuevo espacio multidimensional y multidireccional. No sólo se han incorporado nuevos centros de acción y nuevas redes de contactos a uno y otro lado de la frontera, sino que además se han ampliado los contenidos y materias a tratar. Y si esta realidad más compleja y multiforme ha intensificado las conexiones y las relaciones entre Portugal y España, esto no debe dar pie a su traducción en una hipotética y deseable unión de los dos estados. Carlos Taibo alertaba de la reciente publicación de una encuesta en la que se consultaba la opinión de los portugueses acerca de la conveniencia de fundir Portugal y España en un mismo estado. Un ejercicio de política ficción que, sin entrar en el significado que pudiera tener el deseo de integración de ambos países en una instancia supranacional –y la lectura distorsionada que pueda hacerse de esos datos–, plantea un enfoque político de interés a la hora de abordar la cuestión nacional entre los dos países. Imaginando la materialización de una unión, confederación o federación de ambos estados –tres situaciones de significación política diferente–, el problema a plantear sería: ¿qué papel

¿jugaría Castilla en medio de esa realidad contra factual? En un espacio político y geográfico superior, ¿vería reforzada su posición pretendidamente hegemónica sobre los nacionalismos —la “omnipotencia” castellana que señalaba Pessoa—, entre los que se vería agregado Portugal? O, por el contrario, ¿quedarían mermados su poder e influencia ante una tendencia centrifuga por parte de la periferia, reforzada con la entrada del estado vecino? Estas preguntas, que bien podrían trasladarse a los distintos nacionalismos peninsulares, permiten apreciar e identificar las pretensiones e intenciones de determinadas autonomías con respecto a sus relaciones con Portugal, asociadas a intereses muy particulares.

Los cambios que se están produciendo en el escenario de las relaciones peninsulares afectan igualmente a las percepciones que españoles y portugueses tenemos unos de otros, que reflejan, aunque de una forma indirecta y compleja, la realidad subyacente. Taibo revelaba los resultados de otra encuesta que valora cuáles son las personalidades más conocidas y destacadas del país vecino. En el caso de los españoles, las tres figuras portuguesas que encabezaban el último *ranking* eran, por este orden, Cristiano Ronaldo, Luis Figo y José Saramago. Tristemente desaparecido este último, vaticinaba que, en la próxima encuesta, los dos primeros puestos estarían ocupados por Ronaldo, que repetiría posición, y Luis Mourinho, hecho a destacar, no sólo por la naturaleza de estas figuras, sino por lo que supone de contraste con el estereotipo que se ha tenido en España del portugués. Si en el imaginario colectivo los portugueses han sido caracterizados por su especial dedicación al trabajo y, muy señaladamente, por su excesivo formalismo y su empalagosa educación, la imagen altiva y hasta maleducada que Mourinho y Ronaldo exteriorizan, como rasgos propios de su carácter, contradice señaladamente esa percepción. Posiblemente esto afecte a la “imagología” que se va construyendo, pero resulta indudable que se están produciendo intensos cambios en las percepciones, cada vez más amplias y diversas, reflejo de las intensas y rápidas transformaciones que los dos países han experimentado en los últimos tiempos. Las citas de los versos de Camões —“mudan-se os tempos/mudan-se as vontades”— y de la prosa

de Eduardo Lourenço –“en los ya largos ocho siglos de existencia, Portugal nunca sufrió metamorfosis comparable a la de los últimos veinte años”– servían a Taibo para subrayar los profundos cambios que están experimentando las relaciones entre los dos países.

Bien es cierto que el marco actual de las relaciones luso-españolas no puede entenderse fuera de la Unión Europea, que ha creado el espacio adecuado y necesario desde el que desarrollar este nuevo entendimiento peninsular. Enric Juliana [*Director adjunto de “La Vanguardia”*], en su conferencia inaugural, centraba su análisis, precisamente, en el escenario actual europeo y su implicación en la cuestión de los nacionalismos. Señalaba, en la trayectoria difusa y no lineal de la Unión Europea, de qué manera la reunificación de Alemania supuso la oportunidad perdida para avanzar hacia una verdadera confederación de Europa. Situación de especial valoración en el presente, en el que al calor de la crisis económica internacional y del proceso imperfecto e incompleto por el que discurre la construcción europea, se está asistiendo a la reaparición de los nacionalismos de estado. Síntomas de la ineficacia de los mecanismos de integración, que se dejan notar no sólo en los medios insuficientes que se están aplicando para paliar los efectos de la crisis, sino en la posición trastabillada que está ocupando la Unión Europea en el nuevo contexto internacional. En medio de esta situación confusa y crítica, en vez de planearse un horizonte federal que venga a significar más Europa, las salidas que se perciben tienden a la individualidad de cada estado, verificándose singularmente el protagonismo de Alemania, señalada como la gran potencia que marca el regreso, la reaparición, de la nación alemana en la esfera internacional. Y es que la reunificación de este estado, que dio inicio en 1989, ha supuesto la base y fundamento de la actual hegemonía alemana, sin que la entonces Francia de Mitterrand ni la Inglaterra de Thatcher pudieran contraponer medidas que contrarrestaran el futuro desequilibrio que, ya entonces, se preveía. En el caso de España, la posición de Felipe González, actuando a favor del proceso unificador, a cambio de las contraprestaciones económicas que permitieron la llegada de los fondos europeos, tampoco ayudó a contener la ascendencia de Alemania sobre los demás estados de la Unión.

De cualquiera de las maneras, es Alemania la que está dictando las medidas económicas a aplicar para salir de la crisis, primando su propio interés nacional sobre la conveniencia general del resto de los estados europeos. De hecho, el giro de la política económica española, obediente a las consignas alemanas, es consecuencia de la nueva situación, que pretende, sobre todas las cosas, la pervivencia del modelo económico alemán, basado en las exportaciones y en el mantenimiento de la moneda común. Lo que no queda claro es si el euro va a poder resistir y sobrevivir en este nuevo orden económico, en el que los mecanismos de cohesión han dado muestras de su incapacidad e ineficiencia. Una duda que se proyecta no sólo a los mercados financieros, sino a la propia realidad de las sociedades europeas, afectadas por la crisis y los recortes presupuestarios, lo que está generando una particular “turbulencia social”, visible en distintos países y, muy especialmente, en Francia. Lo cierto es que con el debilitamiento del eje franco-alemán, que ha estado sosteniendo durante décadas el entramado europeo, han venido a despertarse las tensiones nacionalistas, dibujando un presente complicado y un futuro bastante incierto.

En cuanto a la situación de los nacionalismos peninsulares, Enric Juliana destacaba la mítica fecha de 1640, no sólo por simbolizar la *Restauração* de la independencia de Portugal, sino por el fracaso que supuso para otros territorios que componían el imperio español, y muy especialmente para Cataluña, el ver frustrado su intento de separarse de la monarquía hispana. Para el periodista catalán, “todo empieza ahí”, con una monarquía que, empeñada en el mantenimiento y defensa del imperio, estruja fiscalmente a sus territorios para el aprovisionamiento de los fondos necesarios –la “Unión de Armas”–, creando las bases de la futura nación española, pero provocando, al mismo tiempo, la reacción desintegradora de los reinos que lo conformaban. Más allá de los elementos de actualidad que pueda contener esta visión del marco europeo, transfigurado en imperio, y de las identidades nacionales que integraba, lo cierto es que los nacionalismos peninsulares –Portugal y Cataluña representan los dos polos opuestos– siguieron derroteros bien diferenciados.

Volviendo al presente, y en lo que respecta al caso de Cataluña, el horizonte de su independencia a medio plazo es más que improbable. De hecho, la situación de los nacionalismos en el conjunto de la sociedad española es percibida en la actualidad de una forma especialmente negativa, lo que no ayuda precisamente a plantear una mejoría notable en las demandas nacionalistas en los próximos años. Situación que contrasta con la forma de entender los nacionalismos durante la Transición, cuando la defensa de las identidades nacionales era bien recibida y perfectamente integrada en el proceso reformista que se proyectaba. Gracias a esa actitud benevolente y receptiva pudo plasmarse en la constitución la configuración del estado de las autonomías, situación que, dicho sea de paso, no admite regresión posible, pero que parece precisar de una actualización o reconfiguración. No obstante, para que las fuerzas políticas se pongan mínimamente de acuerdo en esta necesidad, hace falta que los discursos políticos incluyan una dosis de sinceridad y de claridad en sus planteamientos que, en el momento presente, insertos en la crisis económica y dentro de un ciclo electoral, parece difícil de alcanzarse. Sólo así podrán superarse los esquemas simples y maniqueos con los que viene a abordarse la cuestión nacional, percibida, hoy por hoy, como un elemento perturbador y foco de descalificaciones, que conduce a confundir intencionadamente la defensa del hecho diferencial con la búsqueda de privilegios por parte de los nacionalismos.

Xosé Manuel Beiras, en el turno de preguntas, llamó la atención precisamente de la “fobia a la diferencia” existente en España, que plantea un esquema de exclusión difícil de romper y que afecta al desenvolvimiento de los nacionalismos peninsulares. Una situación que sólo puede resolverse desde la aceptación de la realidad plurinacional, entendiendo que las naciones existentes en la península son también sujetos de soberanía. Una realidad que debe admitirse como respuesta necesaria frente al irresistible proceso de uniformización apadrinado por el estado, convertido en instrumento de la globalización. Una defensa que debe extenderse contra las políticas ultra-liberales, que tienden a acabar con la diversidad y las diferencias nacionales. El exceso verbal del líder nacionalista gallego le llevó a calificar

la defensa de los hechos diferenciales como un acto de pura ecología, alertando de la existencia de un “fascismo social y financiero” de evidentes intenciones igualadoras y tendentes a la homogeneidad de las identidades propias, en una actitud de estricta xenofobia. Con respecto al escenario europeo, acusaba a Alemania de iniciar el camino hacia un “IV Reich”, en busca de un nuevo “espacio vital”, que habría tenido su plasmación, más allá de su reunificación nacional, en los Balcanes. Fue allí en donde ayudó a destruir el único caso de estado confederal existente en Europa –la antigua Yugoslavia–, facilitando la emancipación de las distintas nacionalidades que lo componían y así favorecer su expansión económica y el área de su influencia directa.

Frente a esta visión alarmista y descarnada, Enric Juliana contrapuso como argumento la madurez de la sociedad civil, aleccionada por la propia experiencia histórica y efecto del desarrollo económico. Una ciudadanía madura que no observa con esa tensión la cuestión nacional, confiada en el clima de convivencia y el bienestar social alcanzado. Otra cosa son los medios de comunicación, que se hallan sobredimensionados dentro de la opinión pública y que posiblemente no se encuentren a la altura de la propia sociedad, plasmando un discurso excesivo y deformado, sin un verdadero correlato social. Y es que, por primera vez en su historia, los españoles han vivido al unísono un proceso de crecimiento económico en paralelo con una verdadera democratización política. Una situación que ha llegado a considerarse, cuatro décadas después de iniciarse, como una especie de estado natural del país. Desde esta perspectiva, los españoles han generado una idea de Europa, que al fin y al cabo ha acompañado y permitido esta profunda modernización, muy positiva, asociada a ese binomio de libertad y crecimiento. Una percepción que puede ahora cambiar al calor de las reacciones nacionales que se están produciendo a raíz de la crisis y los dictados que interfieren en los ámbitos de la soberanía de cada estado. De hecho, los días de mayo de 2010, que obligaron al gobierno de Zapatero a virar completamente su política económica, van a constituir un antes y un después en la política nacional, que refleja la incapacidad de interiorizar en

el discurso político la nueva situación de Europa, en la que se han transformado sustancialmente las relaciones de poder. Por otra parte, avisaba Juliana, conviene mantener cierta alerta ante la deriva nacionalista, fundamentalmente porque se está produciendo en un momento en el que se hace patente la crisis de la socialdemocracia europea. Con esta crisis, los estados prescinden de una fuerza política que ha desempeñado un papel fundamental con respecto al afianzamiento de los derechos y la extensión de las políticas sociales.

También se vio obligado a mesurar las incendiarias apreciaciones de Beiras el propio Jaime Nogueiras, que lejos de asumir las comparaciones vertidas sobre la Alemania actual se limitaba a admitir el retorno de la política en el seno de Europa. Tras décadas de sufrir el centralismo de la economía, parecía despertar en los países de la Unión Europea la preocupación por la política, reconociendo la emergencia de un punto de vista en el que venía a primar, sobre otros, el interés propio de los estados nacionales. No obstante, avisaba del reduccionismo que implicaba el relacionar esta defensa nacionalista como un simple efecto de la crisis económica, sin tomar en consideración otras sustancias y componentes más importantes en esa deriva nacionalista de los estados europeos. Si bien el resurgir del estado nación no conlleva, en ningún caso, el replanteamiento del mercado común europeo, sí implica reconsiderar el proceso de construcción europea. Un proyecto que había colocado la unidad política de los países miembros en el horizonte común a medio plazo, como la consecuencia diferida de su progresiva integración económica. De hecho viene a significar que la unidad económica no tiene nada que ver con un proceso paralelo de integración política y que ésta, de momento, no tiene visos de materializarse.

PORTUGAL EN EL DEBATE NACIONAL ESPAÑOL

Portugal y España han jugado entre sí un papel protagonista en la formación y desarrollo de sus respectivas identidades nacionales. La interac-

ción mutua que uno y otro estado han vivido a lo largo de la historia —y muy señaladamente en los dos últimos siglos— ha sido determinante. En el caso del nacionalismo luso, más allá de lo que a los propios portugueses les guste reconocer, es difícil comprender su naturaleza y evolución si no es a través de su posición —y oposición— ante España. En el de los otros nacionalismos peninsulares, se debe distinguir entre el nacionalismo español y el de los llamados nacionalismos periféricos. Con respecto al primero, resulta imprescindible hacer referencia al iberismo, a esa utopía supranacional que anhelaba formar una entidad política común a españoles y portugueses, que cobró, desde mediados del siglo XIX, una importancia destacable en la configuración de la conciencia nacional española. En lo que atañe a los nacionalismos gallego y catalán, el lugar que ha ocupado Portugal y su forma de entender el iberismo ha sido otro, incluyéndolo como un instrumento más para el logro de sus fines y proyectos soberanistas. Muy distinto al caso del nacionalismo vasco, como avisaba Carlos Taibo en la presentación de esta mesa temática, y en la que hacía notar la ausencia de un ponente que aportara este matiz, que no ha incluido en sus discursos nacionalistas ninguna reflexión relativa a Portugal.

Es el nacionalismo gallego el que, por razones de frontera territorial, mayor conexión ha tenido con Portugal. Xosé Manuel Beiras [*Fundador del Bloque Nacionalista Gallego*] se adentraba en disquisiciones diacrónicas para recalcar la familiaridad lingüística del gallego y el portugués, fruto de un proceso embrionario común. Resaltaba que, precisamente, la cuna histórica de Portugal se encontraba en la antigua *Gallaecia*, retrotrayéndose a los conventos romanos para hacer surgir a esta nación del mismo territorio gallego. A lo largo de la edad media, entre Galicia y Portugal se mantuvo un espacio abierto, libre, sin frontera, permitiendo una “ósmosis” que se reflejó perfectamente en sus respectivas noblezas. De hecho, la nobleza gallega, en los recurrentes conflictos entre Castilla y Portugal, siempre apostó por el bando luso, incluyendo la batalla de Toro, trascendental para el devenir de los estados y naciones peninsulares. La propia corona de Castilla haría pagar esta actitud díscola, participando activamente en la revuelta *irman-*

diña, que acabaría por castigar a la alta nobleza gallega y, en consecuencia, dejar a Galicia "decapitada" a lo largo la edad moderna. La propia lengua, elemento principal de su identidad, quedó relegada dentro de la corona, convirtiéndose en una simple habla desde el siglo XVI hasta el XIX, cuando vino a recuperarse por obra y gracia del *Rexurdimento* gallego.

Este despertar del nacionalismo gallego, como fuerza emancipadora frente al nacionalismo opresor que representaría el estado español, venía a significar la asunción de una "conciencia de identidad", expresión de la voluntad de una comunidad que entiende, objetivamente, su condición de nación. Beiras avisaba de los nuevos imperialismos que, enmascarados tras las políticas ultra-liberales, están renovando esos nacionalismos perversos que nada tienen de liberalizadores. Las recientes declaraciones de Ángela Merkel acerca de la necesidad de reformar la política de inmigración en Alemania, o las deportaciones de gitanos decretadas por Sarkozy en Francia, vendrían a ilustrar este nacionalismo de nuevo cuño que se está viviendo en Europa. Nada que ver con los otros nacionalismos "libertarios", emparentados con las grandes luchas de emancipación del siglo XX, entre los que situaba al nacionalismo gallego. Un movimiento político que, consignado originariamente en la defensa "provincialista", vendría a identificarse por primera vez en las acciones insurreccionales de 1846, enlazado ya con las propuestas democráticas cobijadas dentro del liberalismo más radical. A partir de entonces, se fue formando la esencia doctrinal del nacionalismo gallego, caracterizado por ser, en su corriente central y mayoritaria, soberanista y no independentista. Un movimiento que ha apostado, por tanto, por la articulación de la nación gallega dentro de un estado español que asuma, a modo de federación o confederación, la pluralidad de naciones que lo configuran. Su estrategia política ha buscado el abrir un proceso constituyente en el que participen las otras soberanías existentes (la catalana, la gallega y la vasca), junto a la española, que desemboque en un pacto que dé cuerpo al estado federal al que aspiran.

Ha sido, precisamente, la estrategia federal adoptada por el nacionalismo gallego la que hizo introducir dentro de sus proyectos y objetivos a

Portugal. Una inclusión que no buscaba confundir a Galicia con este país, defensoras, ambas naciones, de sus respectivas identidades, pero sí el formar parte, junto al resto de las nacionalidades, de una misma entidad política, que naciera del pacto y de la voluntariedad. Beiras rastreaba en los primeros manifiestos políticos de los nacionalistas gallegos esas alusiones a Portugal, que junto a la defensa de la “autonomía integral” de Galicia, entendida como ejercicio pleno de su soberanía, propugnaba, como el grueso del republicanismo federal español, la federación ibérica, basada en la igualdad de relaciones con Portugal. Más extendidas son las citas del gran apóstol del nacionalismo gallego, Rodríguez Castelao, que dibujaba un mapa más completo de la república federal que formarían Castilla, Cataluña, Euzkadi y Galicia, a la que se superpondría la confederación ibérica junto a Portugal. Planteamientos que a Beiras le servían para contradecir esa imagen negativa de los nacionalismos peninsulares, vistos como ideologías egoístas, cerrados en sus particularismos y de pretensiones secesionistas, defendiendo, por el contrario, su carácter abierto, progresivo y hasta universalista.

La ligazón de Portugal con el nacionalismo catalán, al menos el de cariz republicano y federal, siguió un camino muy similar al descrito para el nacionalismo gallego. En este caso, la figura principal en el que condensar las más importantes aportaciones sería, indudablemente, Pi y Margall, que dedicó especial atención al iberismo de corte federal. Menor interés ha despertado el ámbito luso para el catalanismo conservador –que enlazaría, en este aspecto, con el nacionalismo vasco–, cuyo proyecto político, más allá de ese deseo de emulación al que se ha aludido anteriormente, podía prescindir completamente de Portugal y de cualquier espacio ibérico asociado. Una situación que contrasta con los intereses estratégicos de Cataluña en las últimas décadas, que ha encontrado en el país vecino –un “vecino lejano”– un socio comercial preferente y, destacadamente, un mercado en el que colocar sus exportaciones. Esto ha ido acompañado de una forma diferente de mirar a Portugal, que se ha traducido en un haz de relaciones más intenso. En este nuevo escenario, la *Fundación Cataluña-Portugal*, di-

rigida hasta su reciente disolución por M^a do Carmo Marques-Pinto de Dalmau, que ha canalizado y promovido las iniciativas de las empresas catalanas y portuguesas en uno y otro país, ha jugado un papel protagonista.

Marques-Pinto acertaba a destacar, como el elemento más sensible y delicado de las relaciones luso-catalanas, el riesgo de traducirlas en algo político, a modo de dos entidades independientes de rango equiparable. Una tentación muy acorde con las posiciones soberanistas del nacionalismo catalán, que pretende tener una representación propia en determinados contextos internacionales y, en consecuencia, mantener relaciones bilaterales con otros estados. Esta capacidad de gestionar su propia política exterior, que la constitución establece como competencia exclusiva del estado español y no de las autonomías, se ha convertido en una aspiración central del catalanismo, que ha tratado de introducirla en la reforma del estatuto. Y aunque el nacionalismo catalán defiende la existencia en la península de cinco naciones –Cataluña, Galicia, País Vasco, Portugal y una quinta constituida por el resto de España–, al menos los más moderados han admitido, no con cierta resignación y altas dosis de pragmatismo, que las relaciones internacionales son cuestión de los dos únicos estados actualmente presentes. No así los más radicales, como *Esquerra Republicana de Catalunya*, la fuerza independentista mayoritaria, que pretende disponer de relación directa con otros estados, colocándose a una misma altura política con respecto a Portugal.

No obstante, Marques-Pinto avisaba, en la coyuntura actual del nacionalismo catalán y de sus relaciones con España, de que las cosas pudieran ir por otros derroteros. En el nuevo panorama político que ha definido la reforma del estatuto, y muy especialmente en la cuestión del concierto económico, la de mayor calado y trascendencia, la posición de los nacionalistas moderados, y en concreto de *Convergencia i Unió*, es la de alcanzar en breve su aprobación. En caso de no encontrar recepción a sus demandas, muy probablemente derivará en una situación de conflicto y en una mayor radicalización de su discurso político, integrándose en la línea soberanista. Citaba las recientes declaraciones del líder de CiU, Artur Mas,

que explicitaba las dos vías posibles que su formación podría adoptar desde su presencia al frente de la Generalitat: la participación en el gobierno de España, asumiendo la responsabilidad compartida, en el caso de que viniera a aceptarse finalmente el concierto y otros aspectos contenidos en la reforma del *Estatut*; o, en caso contrario, adoptar una postura más intransigente en la vía nacionalista. En ese caso, Portugal vendría a ocupar una posición bien distinta para el gobierno catalán, optando por una relación directa y bilateral, en competencia con la acción diplomática del estado español. Ante esta tesitura, el propio gobierno portugués debería estar más atento y expectante ante la realidad de Cataluña, preparándose para un escenario que, de cualquiera de las maneras, va a exigir una relación más intensa y directa con las instituciones políticas catalanas.

Más allá de la situación y posición de Cataluña en el espacio de las relaciones luso-españolas, Marques-Pinto apuntaba la necesidad de plantearlas desde una nueva dimensión, que respondiera al grado de interconexión que se está produciendo entre los dos países. Ambos gobiernos deberían afrontar con cierta ambición los retos que tanto la iniciativa empresarial como la propia ciudadanía están demandando. Desde la intensificación de la libre circulación de personas, que supusiera una verdadera “libertad de establecimiento”, a la puesta en marcha de mecanismos conjuntos que conduzcan a una proyección exterior común. Lo que vendría a significar una mayor efectividad en la defensa de sus intereses en el seno de la propia Unión Europea y en áreas geográficas de especial significado para uno y otro país, como es el caso de América Latina o África. Un paso más en el ámbito de la colaboración que ya se está materializando en campos como la investigación, la energía, los recursos hídricos o las infraestructuras, y que debería continuar en otras áreas estratégicas. Se trata, en definitiva, de avanzar por una nueva fase de la “agenda conjunta”, que tenga, sobre todo, un mayor calado en la ciudadanía y que haga más visible el grado de cooperación que se está alcanzando.

Estos nuevos retos hubieran sido impensables hace apenas unas décadas, cuando, desde Portugal, todavía se percibía a España reprodu-

ciendo el mito de la amenaza constante. De hecho, la identidad portuguesa se ha construido, en gran medida, “a pesar de España”, tal y como reconocía el diplomático portugués Francisco Seixas da Costa. Una prevención nacida de condiciones casi naturales, relativas a su posición geográfica, a su población y tamaño, que han incidido en su carácter periférico y ha llevado a interiorizar su ser nacional en “contraste silencioso” con el país vecino. De hecho, la estrategia exterior portuguesa se ha centrado, secularmente, en la política de alianzas en prevención a España, que ha tenido en Inglaterra –su “fiel aliada”– su principal reaseguro. Las relaciones luso-españolas pueden así definirse en torno a tres conceptos, que han venido a construir la mirada que Portugal ha mantenido hacia su vecino peninsular: la desconfianza, el desconocimiento y la disimetría. En cuanto al primero, es fácil rastrear su evolución a lo largo de los siglos XIX y XX, pero que el Estado Novo consiguió extender por medio del adoctrinamiento, creando una “mitología de la desconfianza”, perfectamente perceptible en el imaginario colectivo y que definió la estrategia diplomática portuguesa durante el salazarismo, afortunadamente hoy superada. El desconocimiento mutuo ha sido patente, salvo excepciones, en todos los ámbitos culturales, que sólo tras el fin de las respectivas dictaduras y, señaladamente, a raíz de la común entrada en la Unión Europea, ha empezado a atenuarse. Resulta conveniente reconocer que las relaciones comerciales han sido las que han logrado superar las resistencias culturales existentes, posibilitando el acercamiento cultural que viene produciéndose desde hace unas décadas. Una nueva realidad que, más allá de las evidentes diferencias territoriales, económicas o demográficas, pone al descubierto la disimetría palpable entre los dos países y da significado al papel que el uno juega para el otro.

Las relaciones bilaterales, desde hace más de treinta años, se enmarcan en una diplomacia que Seixas da Costa definía como “políticamente correcta”. Una “retórica de la fraternidad” que se ha instalado en el discurso oficial de ambos estados que, no por redundante, consigue eliminar el “sereno antagonismo” que subyace entre los dos países. Y si bien es cierto

que esa retórica insistente de la amistad, a veces artificiosa, suele ser estéril, ha resultado beneficiosa cuando las relaciones entre Portugal y España exigían resolver cuestiones conflictivas. Más aún en los tiempos presentes, cuando sus relaciones deben entrar en una nueva dimensión, que exige contar como telón de fondo con una disposición favorable, a sabiendas de que se trata de “dos países condenados a entenderse”. No cabe duda de que el momento de mayor importancia en las relaciones peninsulares, y que ha supuesto un antes y un después, ha sido su común entrada en la Unión Europea. Está claro que la pertenencia conjunta a una institución supranacional no garantizaba las soluciones a los contenciosos que arrastraban los dos países, con intereses y agendas diplomáticas no siempre coincidentes, pero sí permitía un escenario proclive al entendimiento. Y aunque permanecen todavía divergencias notables en el terreno de la política agraria común o en las políticas de concurrencia, que todavía dificultan la presencia de las empresas de uno y otro país en los mercados del vecino, debe tenerse la convicción de que esos problemas tienen que plantearse abiertamente y resolverse. Así ha ocurrido en cuestiones de gran complejidad de la política exterior de ambos países, como en el tema de Irak, en el que se llegó a un punto de vista común y a la adopción de una estrategia conjunta. Una posición que se sitúa más allá de las afinidades ideológicas o partidistas de los gobiernos en cuestión, planteándose las relaciones sobre una dimensión objetiva e imparcial. Esto permite trabajar de manera conjunta, bilateral, en áreas y temas globales, y muy especialmente en Iberoamérica, en donde se precisa superar la desproporción que supone la supremacía de Brasil, con un peso geográfico y económico demasiado grande para ser tratado a escala unilateral.

Con respecto a la cuestión estrictamente nacional, Seixas da Costa se retrotraía a la fecha de 1994, cuando se planteó, con cierta preocupación en el Ministerio de Negocios Extranjeros, la situación de los municipios fronterizos y las relaciones que iban estableciéndose con las regiones limítrofes españolas. Causaba cierto temor la posibilidad de que vinieran a instalarse desequilibrios que pudieran afectar negativamente a los territorios

de la frontera. En esta cuestión, que ponía de relieve la total disimetría en cuanto a la articulación territorial de uno y otro estado, los espacios de interlocución y de planteamiento del problema no resultaban sencillos. Además, las casuísticas que se presentaban eran completamente diferentes a lo largo de la raya, planteando propuestas diversas en ámbitos múltiples de las relaciones transfronterizas. Esta situación abría un nuevo marco en las relaciones entre los dos países, que las tradicionales negociaciones de estado a estado no servían, por sí mismas, para poder resolverlas. Por tanto se hacía imprescindible superar las rigideces institucionales y aun los “demonios ibéricos”, que ponían freno los nuevos espacios de cooperación y colaboración que se estaban presentando. Por parte de Portugal, se hacía necesario tomar nota de la realidad autonómica española, que el “imaginario regionalista” debería interiorizar al objeto de dar contenido a su naturaleza administrativa. Por parte española, que ya incluye a las comunidades autónomas limítrofes en diversos ámbitos de la negociación diplomática, y que reconoce esa “dimensión exterior” inherente a las autonomías, debe cuidarse de no sobrepasar las competencias propias de los estados y no olvidar la preeminencia del eje Madrid-Lisboa, que debe encuadrar el movimiento profundo que generan las relaciones transfronterizas.

Por último, y como derivación de lo anterior, Seixas da Costa se preguntaba si los nacionalismos, y ese pretendido riesgo de fragmentación política y territorial de España, benefician o perjudican a Portugal. Con rotundidad afirmaba que, en absoluto, puede interesar a su país una situación de conflictividad interior en España. Antes al contrario, lo que realmente podría ayudar a Portugal, por medio de un diálogo que encuentre los canales apropiados para esa España plural, es el despertar y suscitar allí sus propias “dimensiones de diversidad”, que pudieran enriquecer su realidad política y administrativa. Pero, en cualquier caso, defendía nuevamente la posición cautelosa que debe adoptar Portugal a la hora de tratar con los nacionalismos peninsulares, que no debe permitir, mucho menos alentar, la “afirmación exterior” de las autonomías españolas. De ahí que la política de la diplomacia lusa se oriente a integrar esa diversidad española, pero ga-

rantizando la supremacía de las relaciones entre los dos estados, en una postura que, si bien puede ser considerada de “prudencia excesiva”, incluye una perspectiva ambiciosa de reconocimiento e integración de su pluralidad nacional.

Ignacio Sánchez Amor, director de *Ágora*, ponía el contrapunto a las posturas presentadas por los nacionalismos periféricos, viniendo a representar, si no el punto de vista del nacionalismo español, sí al menos la mirada de quien ve el estado español desde los ojos de un “jacobino irredento”, racionalista y no nacionalista, como se vino a definir a sí mismo. Su percepción de las relaciones entre España y Portugal es que se encuentran en el mejor momento de su historia, lo que implica una nueva forma de entenderse y tratarse, que hace innecesaria esa “retórica de la fraternidad” y que exige, liberados ya de demonios y fantasmas, mayor sinceridad y frontalidad a la hora de abordar los problemas y los retos que les unen. En el caso de los nacionalismos peninsulares, resulta esencial prescindir de una tesis que, en el ámbito diplomático, ha sido una constante, aunque afortunadamente ya prescrita, según la cual una península con más entidades políticas facilitaría la incardinación de Portugal en el espacio ibérico. Una posición estratégica y pragmática que no ve con malos ojos el desarrollo de los nacionalismos y que predispone, al menos a ciertos sectores políticos y aun de la opinión pública, a acoger con benevolencia las invitaciones que se hacen a ese país para ser algo más que un mero espectador –aunque interesado– en las “tensiones territoriales” españolas. Porque esta forma de encarar la cuestión nacional tiene una peligrosa consecuencia, ya que reaviva la consabida prevención ante España y afecta a la corriente positiva de las relaciones entre los dos países. De hecho, en un momento en el que las inversiones españolas se han hecho visibles en Portugal, ha dado pie a levantar la alarma frente a una pretendida invasión económica, recientemente actualizada en el particular *affaire* entre *Telefónica* y *Portugal Telecom*. Además, tiende a pervertir esa cordialidad peninsular, condicionando la receptividad al lugar de procedencia, valorando positivamente lo que proviene de Cataluña o Galicia, en cuanto se considera libre de cual-

quier connotación absorbente, y con reticencia lo que se asocia con lo español, que no castellano, cargado siempre con el estigma expansionista. Debate en sí absurdo cuando se habla de sujetos empresariales, que carecen de patria y cuyo único fin no es otro que el propio lucro.

Sánchez Amor consideraba un verdadero retroceso el que Portugal viniera a participar activamente en la cuestión territorial española, avisando de que nada positivo puede haber con su intromisión en el debate político nacional. De hecho, la situación actual de la diplomacia bilateral recoge perfectamente las percepciones e intereses de las distintas regiones, disponiendo las comunidades autónomas de los cauces apropiados para canalizar sus demandas, tanto en las cumbres organizadas por ambos gobiernos, en las que participan desde hace años, como en otros ámbitos institucionales, creados al calor de las nuevas necesidades. De tal manera que las relaciones deben continuar estableciéndose de estado a estado, lo que no quiere decir de gobierno a gobierno, admitiendo con naturalidad la polivalencia derivada de la pluralidad política y administrativa española. Pero en ningún caso debe significar dar espacio a los nacionalismos, en cuanto interlocutores independientes, porque vendría a producir no sólo un daño sustancial en las relaciones luso-españolas, sino a interferir significativamente en el propio equilibrio territorial español.

Citando a Eduardo Lourenço, que ante la “implosión” de las tensiones territoriales españolas resaltaba la posición existencial de ciertas nacionalidades, consideradas ellas mismas como “Portugales frustrados”, Sánchez Amor señalaba esa especie de “deuda histórica” que Cataluña reclamaba a Portugal por su independencia en 1640. Lo cierto es que desde Portugal, al menos desde determinados sectores intelectuales y políticos, se ha sentido la necesidad de interiorizar, de algún modo, el debate nacional español, considerando que el escenario político que se abría era proclive para ser aprovechado en beneficio de sus propios intereses. Una mirada abierta y cómplice con los nacionalismos que buscaría el multiplicar y diversificar las relaciones con España, superando la propia naturaleza bilateral de las mismas, en busca de una posición que asegurara a Portugal mayor solidez y

fuerza. Una perspectiva que no debe pasar desapercibida, en cuanto supone una intromisión en los asuntos internos que, a la inversa, serían completamente inadmisibles por parte de la opinión pública portuguesa. Conviene, por tanto, estar atentos a esas tentaciones, que lo único que pueden motivar es el enturbiar las relaciones luso-españolas y, muy especialmente, las que provienen de Cataluña, a través de un discurso que trata de rescatar una pretendida “complicidad ancestral” entre ambas naciones. En este sentido, rescataba unas declaraciones del líder de la izquierda catalanista Carod Rovira, pronunciadas en la Fundación Mario Soares en Lisboa, que abogaba por una alianza estratégica entre Cataluña y Portugal, de la que este país obtendría, en cuanto se sustanciase la independencia de aquélla, beneficios materiales, una más cómoda posición en la península y un reaseguro a su “ser nacional”. Reproducía, ahora por parte del nacionalismo catalán, la idea, aquel propósito de la diplomacia portuguesa, de que una España dividida, fragmentada si se quiere, convendría a Portugal, invitando a este país a adoptar una posición activa e intencionada en el conflicto territorial existente.

Afortunadamente, estas invitaciones no han calado en los sectores mayoritarios de la política portuguesa, que ha contrapuesto una “inteligencia estratégica” a estos envites, respetando escrupulosamente los límites impuestos por los respectivos sistemas constitucionales. Lo que no hace sino corresponder a la prudencia que la diplomacia española, y aun la propia clase política, han mantenido, como se hizo patente en 1998, a raíz del debate sobre la “regionalización” de Portugal. E incluso en esta cuestión reconocía Sánchez Amor haber sido una equivocación el simple hecho de participar en aquel debate nacional. De hecho, el modelo territorial español fue utilizado para demonizar cualquier avance regionalista, y más aún si la dirección a seguir se asemejaba mínimamente al actual estado de las autonomías. En consecuencia, el buen entendimiento pasa por que ninguno de los dos países trate, en cualquier coyuntura o circunstancia, de aprovecharse de la situación de debilidad que pueda atravesar el otro. Así ha ocurrido, como reconocía el propio Durão Barroso, ante la situación económica

de Portugal, que España podía haber aprovechado para acentuar su preponderancia en la península, pero que ha sabido dejar pasar. De la misma manera, Portugal cometería un grave error si hiciera oídos a las tentaciones y demandas de los nacionalistas.

Haciendo pedagogía de la prudencia, Sánchez Amor incidía en la necesidad de no confundir los distintos planos que constituyen la base de la realidad peninsular. Desde un punto de vista político, el mapa que viene a representarla es el de dos –y sólo dos– entidades políticas diferenciadas. Muy distinto al que viniera a reflejar el plano económico, que dibujaría un espacio interconectado entre sí, sin frontera alguna, y en conexión con el resto de Europa. Un tercer mapa recogería el hecho cultural o nacional, en el que se plasmarían cuatro círculos excéntricos –uno más, cinco, si se quiere reconocer al ámbito español–, por cada nacionalidad existente. Lo importante es no mezclar en uno solo los tres planos, como si se tratara de una única dimensión, o confundirlos entre sí. Una visión –o tergiversación– que defienden los nacionalistas, que pondría en peligro no sólo el excelente estado por el que atraviesan las relaciones entre los dos países, el mejor momento de su historia, sino el propio mapa de la península.

Sánchez Cervelló, en el turno de preguntas, reforzaba la continuidad, en el caso de la política portuguesa, de la defensa de unas relaciones de estado a estado con España. Una línea de conducta que hacía nacer de la fecha casi fundacional de 1640 y que habría vencido otras tentaciones anteriores, señalando la opción estratégica que barajó Salazar en plena Guerra Civil, decidiéndose antes por un estado español íntegro que por uno fragmentado. Y es que, a la larga, parece de aplicación la doctrina que viniera a pontificar el general Franco, al señalar que la frontera luso-española es un “tabique de papel”, y que cualquier problema que sufra uno de los dos países acaba afectando al vecino. Con respecto a la posición del nacionalismo catalán, matizaba el sentido del discurso del nacionalismo moderado, indicando que esa defensa de posturas más intransigentes, que pudiera adoptar ahora el líder de CiU, estaba condicionada por el clima electoral previo a las autonómicas. En cualquier caso, la postura del nacionalismo catalán era consecuencia de un doble pro-

blema irresuelto: el derivado de un conflicto interior, que incluye perspectivas sociopolíticas y nacionalistas encontradas, y otro exterior, que constituye el contencioso de Cataluña con el gobierno español. Dos problemas que se condicionan mutuamente y que determinan el alcance y el grado del discurso político nacionalista. En su respuesta, M^a do Carmo Marques-Pinto insistía en la sustancial diferencia que supone la nueva actitud de Artur Mar y, en su nombre, el catalanismo moderado. Una encrucijada que, a la espera de la respuesta que puedan encontrar en el gobierno de España sus demandas estatutarias, puede conducir bien a la senda del “soberanismo” y defender abiertamente la independencia, bien a la colaboración y participación en las tareas del gobierno del estado. Dos propuestas que, desde la reinstauración de la democracia, el nacionalismo catalán no se ha atrevido siquiera a plantear.

En respuesta a ciertos comentarios extemporáneos, Xosé Manuel Beiras se veía obligado a defender, con cierta vehemencia, el derecho de los nacionalismos a respaldar sus ideas y sus aspiraciones. En el caso del nacionalismo gallego, no sólo incidía en su carácter emancipador y libertario, sino también en su naturaleza de víctima, sujeto a una constante opresiva de la que, ni aun en la España democrática actual, había conseguido librarse. Como ejemplo de esa amenaza incesante contra la identidad nacional citaba la actual política lingüística de la Xunta, a la que se refería como un programa de “analfabetización” de la lengua gallega. De ahí la pertinencia del discurso político nacionalista y la benevolencia de sus fines y objetivos, que pasan por dejar decidir al pueblo, en este caso al gallego, en uso de su soberanía, ser o no una nación. Son los estados, en reconocimiento de su propia contingencia, los que deben permitir la articulación de las realidades plurinacionales que lo integran, pero en ningún caso limitar o prohibir el derecho de esas naciones a autoafirmarse.

EL NACIONALISMO PORTUGUÉS Y EL DEBATE ESPAÑOL

Para situar la posición de Portugal ante la cuestión de los nacionalismos españoles, y cómo ha podido incidir en ello la propia identidad nacional por-

tuguesa, Jaime Nogueira tomaba como punto de partida la fecha de 1975 y, con ella, las “mudanzas radicales” asociadas a su transición a la democracia. Y es que resulta fundamental considerar que, junto a los cambios políticos operados en el país, se produjo una intensa crisis colonial. En muy breve periodo de tiempo, Portugal retornó a las mismas fronteras que le habían delimitado en el siglo XV, después de medio milenio de expansión territorial. El fin de un imperio que había significado no sólo la proyección atlántica de Portugal, sino el “espacio vital” con el que contrarrestar la preponderancia de España en la península y paliar ese inveterado temor de verla reunificada. No es de extrañar la percepción generada en Portugal, fruto de la convivencia, frontera con frontera, ante un estado que casi quintuplica su territorio y su población, y el natural movimiento de resistencia contra una posible absorción. Pero esa secular prevención, interiorizada en el inconsciente colectivo, que resulta poco justificable históricamente, lo es con más motivo en época actual. Mucho menos para motivar la intromisión interesada, a modo de postura estratégica, en los problemas de índole nacional por los que atraviesa España, que no puede traer sino riesgos a un país que, en sus siglos de existencia, ha podido librarse de cualquier tipo de tensión territorial. Porque, afortunadamente, el nacionalismo portugués puede considerarse un triunfo, en cuanto que el esquema estado-nación ha permanecido inalterado, sin haberse visto cuestionado, desde su nacimiento.

Jaime Nogueira incidía en una segunda perspectiva, fundamental para analizar el comportamiento del nacionalismo portugués ante España, referida a la relación entre la economía y el hecho nacional. Frente al paradigma que el marxismo popularizó, según el cual “la economía manda a la política”, que pareció ejemplarizar la unificación *bismarckiana* de Alemania, se ha ido imponiendo una tesis que, si no la contradice, al menos la rectifica. Se trata de una lectura no causal ni determinista de los procesos de integración económica, como el vivido por la propia Unión Europea, que evidencia la falta de correspondencia entre una mayor convergencia de sus economías y un proceso paralelo y proporcional de integración política. Antes al contrario, los países socios de la mayor unidad económica y mo-

netaria formada en la Europa contemporánea, están expresando una generalizada y tenaz resistencia a disolver, reducir siquiera, sus respectivas soberanías en el ámbito político. El mismo reflejo tiene con respecto a las identidades culturales o nacionales, que está ensombreciendo los anhelos de los europeístas más convencidos. Pues bien, en el caso peninsular podría hacerse un análisis similar. La progresiva entrada de empresas e inversiones españolas en sectores estratégicos –y no tan estratégicos– de la economía lusa, en lo que para algunos parecía configurar una especie de “mercado ibérico”, despertó fuerte recelos en ese país ante lo que se percibió como una especie de invasión, que bien pudiera erosionar la independencia nacional. Una actualización del “peligro español” en defensa de una pretendida absorción financiera y comercial.

Fue, precisamente, la economía y su relación con la independencia nacional, el centro de la argumentación de Manuela Ferreira Leite [*Profesora y diputada del PSD*], para quien el nacionalismo se define esencialmente por de la defensa de los intereses de una nación, entendidos como superiores a cualquier otro interés. Un sentimiento que tiene como objetivo principal no sólo el preservar la identidad lingüística y cultural de la nación, sino también su independencia económica, base principal de su autonomía política. O, como ella misma enfatizaba, sin independencia económica no puede haber independencia política. Cuestión ésta de trascendental importancia en la coyuntura actual, en la que la crisis financiera y económica que asola al mundo –y muy especialmente a los países del sur de Europa, como Portugal y España–, provocan serias dudas acerca de la posibilidad de mantener esa independencia económica ante los dictados de los mercados. De ahí que este mensaje resulte de particular significación en el más inmediato presente y plantee la necesidad, especialmente a los responsables políticos, de adoptar las medidas adecuadas que tiendan a defender la autonomía de sus respectivos países.

A la hora de analizar la situación concreta de Portugal, la profesora Leite apuntaba al modelo de desarrollo económico que su país ha seguido en las últimas décadas. Un sistema que ha basado su crecimiento en dos pilares:

el consumo interno y, muy señaladamente, la inversión y consumo públicos. De particular preocupación resulta el peso del estado en la actividad económica, en cuanto su aportación no resulta productiva ni estimula la competitividad del sector empresarial, sin considerar el coste que supone en términos de déficit y deuda. Y es que la pérdida de la competitividad de la economía portuguesa era identificada como uno de sus más importantes problemas, dificultando y limitando la presencia de sus exportaciones en los mercados internacionales. Se trata, por tanto, de un modelo agotado que lleva años dando síntomas de su inoperancia, traducido en un bajísimo índice de crecimiento en relación a su producto interior bruto, agravado, como en los demás países, a raíz de la crisis internacional. Una situación económica que expresa, antes que una cuestión coyuntural, una verdadera crisis estructural, muy distinta a la que atraviesa España, y que singulariza su situación en el contexto peninsular.

Por otra parte, la entrada de Portugal –junto a España– en la moneda única supuso el abaratamiento del dinero, con el mantenimiento de unos tipos de interés bajos que permitieron el fácil y rápido endeudamiento de empresas y familias. Ante este excesivo recurso al crédito, el estado, que debía haber actuado con vistas a servir de contrapeso al desequilibrio financiero que se iba produciendo, actuó de la misma manera que el ámbito privado, endeudándose en una proporción aún mayor. De tal forma que en Portugal todo el mundo vino a vivir, desde hace unos cuantos años, por encima de sus posibilidades, con un nivel de endeudamiento completamente insostenible. En la tesitura actual, resulta completamente imposible volver a las recetas antiguas, pensando que la inversión y el consumo públicos puedan sacar a Portugal de la actual coyuntura de crisis. Se hace imprescindible alterar completamente el modelo de crecimiento, entendiendo que sólo la iniciativa privada, junto a la llegada de inversión extranjera, y el incremento de las exportaciones –y eso supone un cambio radical en la productividad de la economía portuguesa–, pueden poner a Portugal en vías de superar la recesión y recuperar el crecimiento. En caso contrario, la autonomía económica de Portugal se verá gravemente afectada, pasando a depender directamente de sus acreedores.

Se preguntaba Ferreira Leite si tiene sentido hablar de nacionalismo en Portugal cuando está en riesgo su independencia económica. Formalmente podrá conservar sus elementos de identidad propios, sus instituciones, pero carecerá de auténtica autonomía si las decisiones más importantes, como son las relativas a su funcionamiento económico, son dictadas por otras instancias internacionales. Desde este punto de vista, ni España ni ese pretendido mercado ibérico suponen ningún problema para Portugal ni, mucho menos, para su independencia nacional. Antes al contrario, España es el principal mercado para las exportaciones portuguesas, pero no tiene ningún peso desde el punto de vista de la deuda y apenas cuenta entre sus principales acreedores. Son éstos, los dueños de la deuda portuguesa, los que amenazan realmente la independencia de este país, de ahí que la estrategia a seguir para recobrar la autonomía y el crecimiento pase por encontrar la situación óptima ante los acreedores. En consecuencia, Portugal debe conseguir diversificar lo más posible su capitalización, considerando que cuantos más tenedores y prestamistas haya, en términos internacionales, mayor espacio dispondrá para su independencia financiera. Y aunque no resulta fácil identificar cuáles son, en el mundo globalizado de hoy, los centros de decisión que rigen el funcionamiento de los mercados, es preciso tener cierta idea de quiénes son y dónde se encuentran. Porque no resulta intrascendente y banal localizar su origen, ya que condiciona la posición del país en el contexto internacional en la defensa de sus intereses nacionales, además de otros costes humanos, afectados por el trasvase de personal cualificado, y aun de otros psicológicos derivados del *shock* que implica toda situación de dependencia.

En cualquier caso, Ferreira Leite insistía en que no es en España donde debe situarse la amenaza para la independencia económica de Portugal. La relación económica y comercial entre los dos países no deja de ser beneficiosa para ambos, entendiendo que no sería posible, en términos económicos actuales, una situación de interdependencia en el que un país obtuviera beneficios a costa del otro. Por tanto, no resulta veraz ni aceptable acusar a España de una posición de preeminencia o ventaja a costa de

Portugal. En definitiva, la independencia económica de Portugal y su autonomía política no corren peligro, en absoluto, por sus relaciones bilaterales con España.

Basilio Horta [*Exministro y presidente de AICEP*], en continuación de la línea argumental planteada alrededor del par conceptual economía-nacionalismo, incidía en la necesidad de diferenciar los términos “nacionalismo económico” e “independencia económica”. Con respecto al primero, aludía a la carga histórica y política que contenía, identificado con esa exigencia de protección de las economías nacionales frente al comercio internacional. Una tendencia a cerrar el mercado propio ante el libre comercio, al objeto de proteger los intereses nacionales y garantizar el sostenimiento económico del país en cuestión. Una política que todavía se podía vislumbrar en la década de los setenta en la mayor parte de los países occidentales, obsesionados por el control de las importaciones y el mantenimiento de un nivel mínimos de reservas. En el caso de los estados socialistas –hace unos años se usaba el término de países del “socialismo real”–, el nacionalismo económico formaba parte de su credo, efecto de su concepción de la autosuficiencia y de su total y completa centralización económica. Si bien es cierto que, en el estado de globalización actual, ni siquiera los escasos países que pueden adjetivarse de socialistas pueden representar, hoy por hoy, ejemplos de nacionalismo económico.

Con respecto a la “independencia económica”, Basilio Horta señalaba la exigencia actual de todo país, si quiere garantizar un mínimo de bienestar económico a sus ciudadanos, de abrirse al mercado internacional. Esto es lo que ha ocurrido a Portugal en las últimas décadas, en un proceso imparable de internacionalización de su economía. Como consecuencia de esta progresiva apertura a los mercados, España se ha convertido en el principal receptor de sus exportaciones –el 34% en 2005–, también el principal inversor, haciendo a Portugal demasiado dependiente de la economía del país vecino. Una situación que se entiende como un problema de urgente solución, ya que no se concibe tal nivel de dependencia en un mundo tan global, lo que exige una mayor diversificación de la capacidad de venta de Portugal

en el mercado exterior, tarea que no resulta nada sencilla. Y aunque se ha reducido en un lustro ese nivel al 28%, lo cierto es que si España entra en crisis, como está ocurriendo desde 2009, esta crisis afecta de inmediato a Portugal. De hecho, actualmente la balanza comercial entre los dos países marca déficit para Portugal, que se sitúa en el tercer puesto de las exportaciones españolas, con un 14% del total, por encima de América Latina y convirtiéndose en el principal cliente de comunidades como Extremadura o Galicia. Una desproporción que se refleja también en la inversión, siendo Portugal el principal foco de las inversiones españolas, con un montante de 20.000 millones de euros, frente a los 2.000 millones de capital luso invertido en España, segundo país en importancia, después de Brasil, que acoge 14.000 millones. Cifras que ponen en evidencia la intensa interacción de ambas economías y que configuran la realidad del “mercado ibérico”.

Con respecto al espacio comercial ibérico, efecto de un movimiento natural, al calor de la libre circulación de mercancías y personas, Basilio Horta avisaba de que a pesar de la evidente asimetría comercial entre los dos países, que resultará crónica por el tamaño de sus respectivas economías, es fundamental que no se produzcan desequilibrios o tratamientos diferenciales. Lo que exige modificar ciertas inercias en cuanto a las contrataciones, especialmente públicas, pero también privadas, que impiden de hecho la presencia de empresas portuguesas en diversos campos de la actividad económica española, como por ejemplo en el de la construcción o el de las obras públicas. O desde el punto de vista de la localización de las empresas e industrias, siempre sujeta a impulsos y reacciones proteccionistas, que se tratan de sujetar y agarrar dentro del territorio nacional. Y es que no se puede creer o apostar en el mercado ibérico y resistirse, a la vez, a sus consecuencias. Por tanto, sólo será posible que exista real y efectivamente un mercado peninsular si se deja que funcione dentro de sus propias reglas, de manera justa y equilibrada, sin que haya intromisiones interesadas de ningún tipo. De este modo, España y Portugal podrán considerarse a sí mismos no como una simple prolongación comercial, sino como partes de un mismo mercado.

Esta integración de los mercados, subrayaba Basilio Horta, no tiene nada que ver con la independencia política de Portugal, que en ningún caso se puede ver amenazada por la ligazón económica y comercial con España. De hecho, ambos países deben trabajar en conjunto para convertir este proyecto, plagado de obstáculos, en una pronta realidad, con miras a representar un papel estratégico en el Atlántico sur. Pero tal nivel de interdependencia implica, lógicamente, un alto grado de vulnerabilidad ante los problemas que afectan al otro país, como ha puesto de relieve la crisis actual. Y es que si España sufre una deceleración o un decrecimiento, esto implica directamente un descenso sustancial e inmediato de las exportaciones portuguesas. Una cuestión que ahonda la grave situación que atraviesa Portugal, que tiene su punto de origen en el problema financiero que arrastra desde hace dos décadas, desde la entrada de este país en la Unión Europea.

Coincidiendo con el análisis expuesto por Manuela Ferreira Leite, Horta destacaba el fuerte endeudamiento privado y público operado en su país, que superaba, en el caso de la deuda del estado, el 75 por ciento de su producto interior bruto. Unas “cuentas pesadas” que dificultan y lastran toda tentativa de crecimiento económico, que, al fin y al cabo, constituye el único modo de pagar semejante deuda. La gran cuestión a resolver es cómo puede conseguirse un nivel de crecimiento suficiente y sostenido; cómo puede Portugal generar riqueza. Para conseguirlo, la economía portuguesa debe pretender una mayor y mejor cualificación de su capital humano, incluyendo significativamente al sector empresarial. Y es que de él va a depender, principalmente, la capacidad de ganar nuevos mercados y aumentar el monto de las exportaciones, verdadero reto de su economía, que tiene que disponer de más empresas que vendan fuera sus productos y más mercados en los que venderlos. Situación que apunta a una nueva dimensión de su apertura exterior, que puede sintetizarse en la frase “menos Europa y más mundo” . Otro de los focos de atención debe situarse en la inversión extranjera, en buscar los modos de atraer mayor cuantía de capitales que ayuden a crecer a la economía portuguesa. Pero para ello se

precisa satisfacer las demandas de los inversores, que pretenden condiciones que garanticen una cierta competitividad y, por tanto, rentabilidad a los capitales aportados. En cuatro aspectos centraba Basilio Horta las reformas que deben emprenderse para conseguirlo: las trabas burocráticas, que deben removerse para facilitar la formación de empresas con capital exterior, tarea ya iniciada; una fiscalidad atractiva; la normativa ambiental y, por último, la reforma laboral.

Con el incremento de las exportaciones y el aumento de las inversiones extranjeras se aseguraría la senda del crecimiento, sólo a la espera de que viniera a resolverse el grave problema financiero que lo dificulta y lo lastra. Para conseguir la independencia económica de Portugal se hace imprescindible que el estado asegure una política de austeridad. Un estado que deje de absorber recursos para su propio sostenimiento y pueda utilizarlos para financiar la economía, generar riqueza y crear empleos, lo que supone un giro importante en la política presupuestaria. De hecho, este es el gran debate de actualidad de la política portuguesa, centrado en la aprobación del presupuesto. Una cuestión que no debe plantearse en términos de aprobación o no de las cuentas del estado, sino de si Portugal es capaz por sí mismo de financiar su propia economía. En caso contrario, daría entrada a una situación de crisis financiera que supondría una grave cesión de su autonomía e independencia, materializada con la intervención del Fondo Monetario Internacional, cuestión que traería graves consecuencias políticas internas. De ahí que Basilio Horta llamase a la unidad de los partidos políticos portugueses, que por medio de un diálogo serio acordasen los principios y prioridades en los que basar el desarrollo y el crecimiento económico del país. Una coyuntura en la que debe contar con la respuesta positiva de la economía española, en construcción de un “consenso peninsular” que permita no sólo la salida de la crisis de ambos países, sino un verdadero avance en la formación de ese pretendido, y ya real, mercado ibérico.

En un tono similar, si no catastrofista, sí de ciertos tintes dramáticos, Joaquim Pina Moura [*Exministro y presidente de Iberdrola-Portugal*] venía a sentenciar que nos encontrábamos en la peor crisis económica acaecida en

los últimos ochenta años, con una extensión e intensidad antes desconocida. No obstante, señalaba que la principal diferencia con otras crisis económicas precedentes, y muy especialmente con la de 1929, residía en los mecanismos económicos y financieros internacionales existentes, que están dando opción a adoptar medidas de coordinación para paliar y rectificar sus efectos. Gracias a la existencia de estas instituciones –bien sea la propia Unión Europea a nivel regional, como el Fondo Monetario Internacional en un ámbito más global–, y esta es la gran novedad, se ha conseguido que la crisis no haya tenido un alcance y unas repercusiones más graves y profundas, que hubieran supuesto un verdadero “colapso global” de la economía internacional.

En cuanto a la situación económica peninsular y las relaciones entre uno y otro país, Pina Moura destacaba, al igual que los otros oradores, el grado de interdependencia económica alcanzado entre España y Portugal. El entrelazamiento de sus respectivas economías fruto de una nueva forma de relacionarse también políticamente, ha dado pie al nacimiento de una nueva era que bien puede calificarse de “postiberista”. En esta nueva dimensión supranacional, se percibe la relevancia de la interconexión de ambas economías, perfectamente identificable no sólo en el volumen de intercambios comerciales, sino en dimensiones fundamentales como el sector eléctrico, que permiten hablar de la existencia de un verdadero mercado ibérico. Y es en esta realidad, forjada al calor de la moneda única, en la que debe plantearse la gran pregunta que debe dotar de sentido a toda cuestión relativa a la identidad: “¿dónde vas Portugal?” Una cuestión que debe analizar los puntos débiles y fuertes de la economía portuguesa, para poder delinear los caminos que ayuden a salir de la crisis y situar a este país dentro de este nuevo contexto peninsular.

Pina Moura señalaba que esta situación de incertidumbre que vive la economía portuguesa nació hace una década, cuando Portugal se encontró en una encrucijada de la que, en cierto modo, no ha salido todavía. Fue entonces, en pleno proceso de convergencia europea, cuando se planteó, y esto iba a tener consecuencias trascendentales, el camino que debía se-

guir para definir su crecimiento económico. O llevar a cabo duros ajustes, que implicaban reformas estructurales de calado para atender a una mejora de la productividad, incluyendo la consolidación presupuestaria, o se dejaba pasar esta ocasión, aplazando cualquier transformación radical de los fundamentos económicos y sociales del país. Al decidirse por esta segunda opción, sin tomar en cuenta lo que podía pasar, tornando insuficiente cualquier medida reformista que se llevara a cabo, se ha dejado al país sin capacidad de responder adecuadamente a la crisis que ahora atraviesa. Porque Portugal se encuentra con los mismos desajustes y desequilibrios que arrastraba, como si volviera a encontrarse en la misma encrucijada de diez años atrás, sólo que ahora se hace completamente imposible el continuar de la misma manera. La economía portuguesa se encuentra en medio del puente, lo que le exige adoptar los sacrificios que han venido demorándose. Y resulta trascendental el no perder la iniciativa de liderar el movimiento de reforma de la sociedad que la situación del país viene exigiendo desde tiempo atrás. En caso contrario, serán otras instancias las que decidan. Esto no significa, en ningún caso, tal y como algunos se atreven a aventurar, de que la entrada en el euro haya sido, si no la causa de la crisis, sí al menos el elemento coadyuvante. Antes al contrario. La incorporación a la unión monetaria resultó imprescindible. De hecho, si no fuera por el euro, la situación económica de Portugal sería aún mucho peor.

Por último, Sánchez Cervelló [*Historiador Universitat Rovira i Virgili*], obligado a una exposición breve y meteórica por el tiempo que le escatimaron sus compañeros de mesa, obviando el ámbito del nacionalismo económico y de la crisis actual, tema de especial sensibilidad para los invitados lusos, abordó la cuestión que daba título a esta ronda de ponencias, centrando su exposición en la naturaleza y caracterización de la identidad nacional portuguesa. Una nación que cuenta con los elementos más favorables para su sostenimiento y definición, como son su origen antiguo; la inalterabilidad de sus fronteras, casi inamovibles desde el siglo XIII; y su conformación en un estado unitario incuestionable, a excepción de su consabida pertenencia a la monarquía española durante el reinado de Felipe II. Sólo el debate rela-

tivo a la regionalización, aludido con anterioridad, ha supuesto una mínima discusión acerca de la organización territorial del estado luso. Una polémica que fue capaz de plantearse al margen del modelo autonómico español, posición que ejemplificó perfectamente Mario Soares cuando, en una visita oficial a Cataluña, respondió a las invitaciones descentralizadoras de Jordi Pujol: “¿Regionalizaría usted Cataluña?”.

Lo que resulta indudable es que el nacionalismo portugués ha sido realmente efectivo en su formación y sostenimiento, planteando Sánchez Cervelló cuáles habían sido las bases y fundamentos de su identidad, que situaba en la construcción de una serie de mitos históricos. Con respecto a los mitos del origen, destacaba el referido a la figura de Alfonso Henriques, primer rey de Portugal al separar el condado Portucalense de la corona castellano-leonesa. Mito que se complementa con el de la batalla de Aljubarrota (1385), verdadero símbolo de la independencia nacional en el imaginario portugués y, al mismo tiempo, nodriza de otras leyendas asociadas a su identidad. Porque estos discursos fundacionales tienen un evidente contenido anti-español, utilizando el elemento de diferenciación frente a – y contra– España como argumento principal de su individualidad. Una narración que brota desde la *Restauração* de la independencia de 1640 y que, desde entonces, ha mantenido un cierto hilo de continuidad. Prueba de su pervivencia en la conciencia colectiva, fueron los actos conmemorativos del sexto centenario de dicha batalla, celebrados en abril-mayo de 1985.

Otro de las grandes fuentes de las que ha bebido el nacionalismo luso ha sido la de la imagen del Portugal imperial, la edad de oro en la que la que la mirada convierte la historia nacional en un pasado glorioso. Pero aun la expansión atlántica portuguesa no está libre de sus connotaciones peninsulares. Al fin y al cabo respondía a la necesidad de resistir a la fuerza centrípeta castellana, buscando en el ámbito oceánico el contrapeso necesario para mantener la individualidad e independencia del Portugal continental. No es de extrañar que la era de los descubrimientos haya cobrado una fuerza simbólica e icónica fundamental en la configuración de la identidad portuguesa. Pero debe entenderse que la mirada occidental y marítima es

consecuencia de la búsqueda de una supervivencia nacional frente a su inferioridad territorial ante Castilla, y causa, a su vez, de esa posición de espaldas vueltas con respecto a su vecino peninsular.

También la alianza inglesa ha sido, tal y como destacaba Sánchez Cervelló, fruto y efecto de ese temor por ver la independencia nacional amenazada. Es cierto que la era de los *Filipes*, tal y como se denomina en Portugal el periodo de dominio español (1580-1640), materializó esa imagen de la España invasora y absorbente interiorizada en el imaginario colectivo. De ahí que se buscara, vía diplomacia, un reaseguro que neutralizase toda tentativa española de apoderarse nuevamente del territorio portugués. Así pues, Inglaterra se convirtió en la “tradicional aliada” de Portugal, protectora y vigía de la independencia nacional, siempre alerta a cualquier tentativa de España por apoderarse del país vecino. Así vino a configurarse la idea del “peligro español”, un estado de prevención siempre expectante a los movimientos que pudieran producirse al otro lado de la frontera. Es cierto que el iberismo, esa idea de ver unidos a Portugal y España en una misma entidad política, que Sánchez Cervelló calificó de verdadera “obsesión española” –y apenas presente en Portugal–, favoreció el desarrollo de la susceptibilidad portuguesa ante el mínimo síntoma, supuesto o real, que entendieran amenazaba su independencia nacional. Y, de hecho, ha habido en la diplomacia española y en la esfera gubernamental planes anexionistas sobre Portugal, como Hipólito de la Torre puso al descubierto con respecto Alfonso XIII y el propio Sánchez Cervelló en relación a ciertos sectores franquistas. Pero me temo que esa interpretación del iberismo y la justificación de las resistencias anti-iberistas, que conformaron la imagen peligrosa y expansionista de España, tiene una lectura más amplia y compleja de lo que habitualmente se tiende a aceptar.

En cualquier caso, el nacionalismo portugués se ha configurado y desarrollado en continua tensión frente a España, que ha actuado de verdadero catalizador de su identidad. Aun en época reciente, en plena transición a la democracia, Portugal seguía entendiendo que su ser colonial –remedo del pasado imperial– era consustancial a su independencia. Dicho de otro

modo, con el proceso descolonizador se ponía en riesgo la autonomía portuguesa, que perdía con las colonias el contrapunto necesario con el que mantener su individualidad frente al vecino español. Todavía en 1985, señalaba Sánchez Cervelló, se mantuvo la cuestión del peligro español como la principal amenaza para la diplomacia portuguesa. Sólo a partir de entonces –y conviene señalar la coincidencia con la fecha de entrada de los dos estados en la Unión Europea (1986)- cambió la estrategia internacional de Portugal, apuntando al Magreb como el área geográfica más sensible para su integridad territorial. El punto cardinal que señalaba los riesgos de la identidad portuguesa viraba por fin, dejando de señalar al este, hacia su vecino peninsular.

NACIONALISMO Y LITERATURA

Fue el iberismo el tema del que se sirvió Carlos Taibo para enlazar la última mesa de debate, apuntando que ha sido el interés transfronterizo, la aproximación cultural hacia el país vecino, lo que ha dado cuerpo a la existencia de un movimiento literario que recoge las percepciones y preocupaciones surgidas de la mirada hacia el otro. No obstante, señalaba que también en este punto se muestra una evidente asimetría. Mientras en la literatura portuguesa se encuentran referencias y reflexiones constantes sobre España y el universo ibérico –y recogía sumariamente a literatos como Almeida Garrett, Antero de Quental, Fernando Pessoa, Miguel Torga o José Saramago–, en España apenas existe un movimiento paralelo, resultando la figura de Unamuno una excepción a ese común y general desinterés de los intelectuales españoles hacia el vecino Portugal. Ni siquiera el caso de Galicia podría señalarse como actitud diferencial, ya que su aproximación al ámbito luso tiene otras intenciones y propósitos.

En cuanto al significado del iberismo, justificación y argumento, como Sánchez Cervelló había señalado, del recelo anti-español, Carlos Taibo introducía una reconversión acerca de esa visión malévol y perversa con la

que ha se le ha querido caracterizar. Resulta cierto que el iberismo es un invento español, y quedan claros cuáles fueron sus fines y objetivos, pero su existencia no puede considerarse esencialmente dañina a la identidad portuguesa. Al fin y al cabo, los iberistas fueron, dentro del común de la intelectualidad y la política española, los más caracterizados “lusófilos”, destacando como los más receptivos, simpatizantes y amigos de Portugal. Una defensa de la benevolencia de un movimiento unificador, de una tendencia supranacional si se quiere, que más allá de atentar contra la nación portuguesa, y mucho menos su integridad territorial con pretendidos planes anexionistas, buscaba una mayor integración de los dos países.

En lo que atañe a la asociación nacionalismo y literatura, María Jesús Fernández [*Universidad de Extremadura*] partía de una concepción del nacionalismo como efecto y producto de la “negociación de discursos”. Al hilo de las teorías de la modernización y frente a las concepciones esencialistas del hecho nacional, el discurso literario intervendría, junto a otros, en ese proceso de construcción de las identidades, consideradas como “comunidades imaginadas”. No obstante, por la naturaleza propia de la literatura, en ella no sólo confluyen otras manifestaciones y expresiones de la identidad nacional, que son interiorizadas y reutilizadas, sino que es capaz de conformar nuevas construcciones simbólicas que integra en su discurso y devuelve al imaginario colectivo. Y es que el discurso literario hace uso de sus propios recursos para trasladar otros mensajes y crear nuevos mitos. Así ocurrió, por ejemplo, con *Os Lusíadas*, la auténtica biblia de la nacionalidad portuguesa, que no nació, a ojos de la identidad nacional, en el siglo XVI por obra de su autor, Luis de Camões, sino cuando fue instrumentalizada con fines nacionalistas en el siglo XIX. Una capacidad germinadora que desarrolla a través de la creación de “caracteres nacionales”, perfectamente personificados en personajes y figuras que los sintetizan, como es el caso del quijotismo, magistral representación de cierta caracterología nacional española. Lo mismo ocurre con acontecimientos o lugares, que alcanzan el rango de símbolo o mito gracias a su dimensión literaria. Qué sería de Aljubarrota si no hubiera recibido el “eco literario” de Fernão Lopes en su *Cró-*

nica de João I. La literatura, por tanto, ha desarrollado una función primordial a la hora de generar los elementos constitutivos de los imaginarios nacionales, una labor cohesionadora por medio de la formación de cánones que venían a representar y plasmar el espíritu nacional. Un universo mitológico, imaginario, que el nacionalismo se encarga de retroalimentar y trascender del ámbito literario, proyectándolo en el ámbito político y utilizándolo como instrumento ideológico y amalgama social.

Y si la literatura ha sido capaz de asumir esta misión conformadora del universo nacional durante los dos últimos siglos, lo cierto es que, en la actualidad, ha perdido ese papel preferente en la configuración de mitos y arquetipos nacionales. Ahora compite, con cierta desventaja, en un conjunto heterogéneo de discursos, algunos con una tremenda capacidad de identificación y movilización, como es el caso del deporte, que relegan el discurso literario fuera de los principales canales conformadores del sentimiento nacional. No obstante, los cánones y emblemas literarios siguen teniendo su espacio en la conformación de imágenes nacionales y siguen ocupando su lugar en el imaginario colectivo. No obstante, su uso se encuentra completamente instrumentalizado por otras instancias, especialmente económicas y comerciales, que lo utilizan como marcas nacionales (*nation branding*). Una nueva forma de entender los iconos nacionales como bienes de consumo, desde un punto de vista que busca, antes que identidades, una interesada rentabilidad económica. Bien es cierto que éste es un efecto más del proceso de globalización, que en lo que respecta a la literatura ha supuesto una peligrosa uniformidad estética, llegando a crear incluso cánones globales, sujetos a los gustos del mercado. De hecho, la literatura actual, convertida en mercancía, está sufriendo la misma diversificación que otros servicios en atención a su demanda y a las nuevas reglas del consumo literario, lo que supone la completa transformación del universo creativo y académico en el que venía a encontrarse.

La literatura portuguesa ha respondido, en gran medida, a las propias vicisitudes y características del nacionalismo portugués, que si bien ha permanecido consolidado y no cuestionado, ha debido atender a un grave

problema de “híper-identidad”. Así ha venido a significarlo Eduardo Lourenço, que ha destacado –muy particularmente en su *Labirinto da Saudade*–, con singular clarividencia, la preocupación obsesiva de la literatura lusa de los siglos XIX y XIX por dar sentido a su propia identidad y responder a la pregunta de qué somos como portugueses. Un intenso y largo ejercicio de “autoconocimiento” y, al mismo tiempo, de “autogénesis”, en cuanto la literatura va construyendo con su discurso su propia forma de entender la nación. Desde el nacionalismo romántico encarnado en Almeida Garrett, hasta el nacionalismo místico de Fernando Pessoa, pasando por la generación de 1870 o el “saudosismo” de Teixeira de Pascoaes, se mantuvo esa constante introspección nacional, ausente tal vez sólo en el paréntesis universalista encarnado en Miguel Torga o Carlos de Oliveira, de 1930 a 1960. En cuanto a la literatura más actual, condicionada por los últimos años del salazarismo y, sobre todo, por la Revolución de los Claveles, la común preocupación ha sido la de “repensar Portugal”, el tratar de comprender –y asumir– los procesos de transformación acaecidos en tan breve espacio de tiempo. Así, Portugal dejó de ser objeto para convertirse en sujeto, ante la necesidad urgente de novelar el proceso histórico vivido.

De este modo fueron abordándose, en la literatura de los años ochenta y noventa, los grandes temas que han compuesto las señas de identidad del Portugal actual, desde la propia revolución que finiquitó la dictadura de Salazar, al fin del colonialismo y la guerra colonial o el trasunto de la emigración. Un modo de recuperar la imagen de su propia identidad, deformada en los años anteriores a causa de la mitología nacionalista engendrada por el *Estado Novo*, para poder situarse, libre de las inercias del pasado, ante los nuevos tiempos. No obstante, la lectura que hacían de la nación resultaba especialmente crítica, conscientes de la posición de atraso de Portugal con respecto a las naciones más avanzadas, enlazando así con la generación de escritores de fines del siglo XIX. Una literatura que muestra la desconfianza con las capacidades propias para responder a las exigencias de la modernidad, pero también escéptica con la misma Europa, de la que venía a formar parte a raíz de su integración institucional.

Pero esta línea de introspección colectiva iba a durar poco. A finales ya del siglo XX, al ritmo que marca la propia internacionalización del país, la tendencia que va a definir la literatura portuguesa ha sido justamente la contraria: la “desnacionalización”. Un proceso que ha tendido a borrar las singularidades y particularidades propias para embarcarse en la universalidad, perceptible en la obra de José Saramago, señaladamente en *O Evangelio segundo Jesus Cristo* y en su *Ensaio sobre a cegueira*; o en obras más recientes, como en *O se-nhor Valery*, de Gonçalo Tavares. La literatura portuguesa se aparta así de esa línea sustantiva centrada en la identidad nacional, para abordar problemas universales, en espacios ya no identificables dentro del imaginario portugués, en unos “no lugares” en los que se mueven personajes igualmente apátridas y desnaturalizados. Una nueva literatura que se desvía de esa constante “autogénesis”, que deja definitivamente atrás esa obligada referencia al ser portugués y a la inevitable relación con España o el iberismo, libre de las preocupaciones particulares e intereses pretendidamente nacionales. Un planteamiento del que forma parte una generación joven de escritores portugueses, como Jacinto Lucas Pires, João Tordo o Hugo Valter Mãe, que dirigen su obra más allá de cualquier ejercicio de autoconocimiento nacional, abordando preocupaciones o problemáticas fuera del estricto marco de lo portugués, en busca de lectores globales.

Se puede hablar, desde esta perspectiva, tal y como apunta el crítico Miguel Real, de la “muerte de Portugal”, entendiendo que ese ser nacional, omnipresente en la literatura lusa, deja de tomarse como centro de atención de la narrativa actual. Una disolución de las especificidades nacionales, nivelación si se quiere en la nueva escala global, que refleja la realidad del Portugal contemporáneo. Una sociedad modernizada, integrada en el contexto internacional, que expresa con afirmación su naturaleza multicultural.

En cuanto a la relación entre el nacionalismo y la literatura española, Antonio Sáez Delgado [*Universidad de Évora*] reconocía que el concepto de identidad, principalmente en el siglo XX, se mantuvo también omnipresente, si bien de una manera distinta a cómo había sido interiorizado en Portugal.

En este lado de la frontera, la identidad no se ha expresado de una forma tan intensa y focal, se ha mostrado antes como un fantasma, un telón de fondo que ha permanecido a base de intermitencias, pero siempre presente para plantear las grandes cuestiones relativas a quiénes somos y cuáles son, en la España múltiple y diversa, nuestras patrias. Hasta el punto de constituir para algunos “la gran novela en marcha” de nuestra literatura. Pero es necesario no sobredimensionar la identidad con respecto a lo nacional, cuestión de especial significación en España, en cuanto trasvasa las connotaciones negativas que engloba el nacionalismo. Y es que resulta difícil sustraerse a esa satanización del sentimiento nacional, efecto de una forma de concebir la nación como una “identidad sustantiva”, que precisa afirmarse a través de la negación del otro. Un nacionalismo excluyente, esencialista, que entiende que “lo que somos es y debe seguir siendo>>”, como un ente compacto, sólido, inalterable y sin mezclas.

De cualquiera de las maneras, la relación entre la identidad, el nacionalismo –o el patriotismo si se quiere– y la literatura es ciertamente fecunda. Sáez Delgado venía a definirlo como verdadera “materia literaria”, no en sentido de la capacidad de construcción de identidades, de sus iconos, símbolos y mitos, sino como un espacio esencial y naturalmente literario. La identidad genera en el escritor una “forma profunda y absoluta de nostalgia”, concebida de un modo creativo y existencial, invitándole a convertirse en una especie de héroe fundacional. Abre las puertas al mito, en un terreno que se extiende, inevitablemente, entre la utopía y el desengaño, o, en palabras de Cernuda, entre la realidad y el deseo. Pero el nacionalismo también resulta un terreno proclive para las perversiones, si no por culpa de los que escriben, sí por los usos que de sus palabras pueda hacerse. Citando a dos autores en absoluto sospechosos –“mi patria es la lengua portuguesa” (Fernando Pessoa) y “mi destino es la lengua castellana” (Jorge Luis Borges)–, Sáez Delgado alertaba de las trampas que encierra el laberinto de la identidad, que puede constituirse en punto de partida y de llegada al mismo tiempo. Una evidencia oculta que Óscar Wilde ya había desvelado: “la patria es el último refugio de los depravados”.

Pero, tal vez, los que mejor y más claramente supieron ver los efectos malignos de la literatura asociada al hecho nacional fueron –y éstos sí que resultan, a todas luces, sospechosos– Franco y Salazar. El dictador portugués, en un escrito de 1938, ya avisaba de los peligros que encerraba ese interés cultural mutuo que mostraban las literaturas de uno y otro país. Al fin y al cabo, no se trataba sino de una forma de “penetración pacífica”, a modo de invasión cultural y disolvente de la nacionalidad portuguesa. Un discurso semejante al del propio Franco, rescatable en sus discursos de agradecimiento al ser investido doctor *honoris causa* por la universidad de Coímbra, que expresaba la misma precaución y prevención ante el país vecino, aunque su queja venía antes por la dificultad que Portugal mostraba, precisamente, para dejarse penetrar. De una y otra parte quedaba claro que el diálogo cultural entre los dos países no resultaba conveniente, constatación que, de una u otra forma, les había antecedido y que expresaba la histórica dificultad para un encuentro fecundo entre las literaturas ibéricas.

Los nacionalismos han utilizado –y utilizan– la alteridad como mecanismo de autoafirmación. En gran medida, todo nacionalista necesita un enemigo contra el que identificarse. Pero esta posición antagonista y encontrada, a veces víctima, que suele adscribirse a los nacionalistas, también es utilizada por los antinacionalistas, aunque éstos acostumbran a pasar desapercibidos. Sáez Delgado revelaba cómo, en ciertas regiones españolas, en las que no existe una identidad nacional definida, la mirada hacia los nacionalismos ha generado una apasionada intolerancia, una auténtica “profesión de fe”, convirtiéndolos en ese otro contra el que situarse. Así se ha llegado a la absurda e incomprensible situación de generar nuevas identidades por medio de la crítica a las identidades nacionales existentes. Un juego de espejos perverso que deforma cualquier visión del otro e impide una imagen comprensiva –y mínimamente objetiva– del hecho nacional.

El uso del “anti” se ha convertido así en un procedimiento recurrente y útil en la afirmación de identidades, también perceptible en el caso de los nacionalismos español y portugués. Aunque el iberismo no puede considerarse como un nacionalismo, e intentos de considerarlo como tal no han fal-

tado, lo cierto es que ha recibido constantes negaciones y reacciones, utilizándose el anti-iberismo como un recurrente y eficaz instrumento para el desarrollo de la identidad nacional portuguesa. A pesar de ello, a lo largo del siglo XX fueron varios los intentos que buscaron la confluencia o la intersección entre los dos países, de los que la literatura no fue ajena, tratando de vencer los obstáculos que identificaban el diálogo cultural con la pérdida de –o el ataque contra– la identidad nacional. Sáez Delgado destacaba en esta misión el papel de las revistas literarias, como espacios de encuentro e intercambio entre escritores de uno y otro país. Un rápido periplo que arrancaba en *Renacimiento latino*, revista fundada en 1905 por Francisco Villaespesa y Abel Botelho, que sólo tuvo dos números de existencia. No cuajó, posiblemente por incompreensión, ese intento de establecer un diálogo entre los poetas peninsulares, en un terreno literario enmarcado entre el naturalismo y el simbolismo, y ello a pesar del bagaje poético de Villaespesa. En la década de los veinte surgieron nuevos intentos, como el emprendido por Ramón Gómez de la Serna con la revista *Prometeo* o, desde Portugal, con *Lisboa Contemporánea*, dirigida por José Pacheco, que se vería atacada en su país por “venderse al oro de España”. Y, por último, *La gaceta literaria*, tal vez el más sólido intento de lograr esa unión literaria en el ámbito ibérico, que no llegó a fructificar por los recelos que su director, Jiménez Caballero, despertó en Portugal a causa de sus pretensiones imperialistas. Intentos, todos ellos, que se toparon con la indiferencia o, directamente, con la oposición de aquéllos que entendieron que semejante diálogo, por muy literario que resultara, entrañaba un cuestionamiento de la propia identidad.

Pero en este elemento de perversión que germina en los nacionalismos, del que la literatura ha resultado cómplice, todos hemos tenido cierta culpa, en cuanto hemos interiorizado esa pretendida oposición entre identidades. Una bipolaridad que hemos extendido sobre conceptos e ideologías, también sobre escritores y hasta generaciones, que no tienen por qué ser o estar contrapuestos. Citaba Sáez Delgado la falsa oposición entre cosmopolitismo y nacionalismo, como tendencias que se neutralizan y que no es

posible aunar, proyectadas incluso sobre movimientos literarios que parecen encarnarlas. De tal modo que hacemos representar al modernismo ese espíritu universal y cosmopolita frente al repliegue nacionalista de la generación del 98 y los regeneracionistas, entendiendo que se es una u otra cosa, lo que resulta muy pedagógico, pero no las dos a la vez. Una pretendida dualidad que presenta imágenes falsas y deformadas, que tendría en Machado, por ejemplo, una de las más injustas y falaces formas de leer e interpretar. Y ello sin dejar de reconocer que la literatura ha contribuido, sin duda, a fomentar determinadas identidades, incluso en aquellos territorios en los que no ha existido un manantial nacional del que beber. Así ocurrió a comienzos del siglo XX en Extremadura, en donde trató de construirse, tal vez por cierto deseo de emulación, una nación imaginada. Un mundo arcádico que quiso materializarse con la suma de localismos y con la invención de una especie de lengua que no existía, el castúo, recreación de un habla popular que, en sí mismo, tampoco existió.

En suma, tras la denuncia de ese escenario de perversión en el que se encierran las identidades, conviene contrarrestar el anatema lanzado contra el nacionalismo, asimilado a la locura y al fanatismo. Menos inocente resulta esa “ética de la resistencia” con la que se cubren los antinacionalistas, embriagados de las mismas pasiones que critican. Frente a esta perspectiva que demoniza el sentimiento nacional, como si encarnara la peor de las invenciones del hombre, Sáez Delgado venía a defender, precisamente, la naturaleza esencialmente humana de la nación. Eso sí, con un “amor desapasionado”, entendiendo el nacionalismo como ese modo de integrar la tierra, la patria, dentro del espacio sentimental, haciendo de la identidad un antídoto frente al patriotismo. Una pretensión de llegar a ser, citando a José Ángel Valente, “más lugareño y menos patriota” y tender, por ese camino, hacia la universalidad.

No hay, posiblemente, escritor portugués que simbolice mejor esa tensión entre lo universal y lo nacional, interiorizando el ambivalente significado del iberismo, como Fernando Pessoa. La profesora Inés Lage Pinto Basto [*Universidad de Coímbra*] aludió al “calvario topográfico” que Pessoa

identificó en los destinos de Portugal. Una difícil posición entre un frente occidental, España, limitante y oclusivo, y un amplio frente oriental, el océano, sin límites ni fronteras. Una nación que ha buscado trascender precisamente sus fronteras y enlazar con Europa, ya entonces sinónimo de civilización. Un proyecto que exigía, no sólo por meras evidencias geográficas, encontrarse con España, asumiendo su común pasado heroico como cuna del mundo atlántico. De ahí el sentido de una alianza peninsular en la que Portugal no perdiera su singularidad, buscando los elementos de unidad sin menoscabo de su independencia. Al fin y al cabo, el sentimiento nacional frente a España permitió su supervivencia, base de su individualidad y de su resistencia frente a las fuerzas absorbentes de Inglaterra y Francia. Ambos países compartían un destino común, más allá de sus semejanzas, síntesis de las civilizaciones pasadas, cuya misión era la de “occidentalizar Europa”. Un nuevo “imperialismo ibérico”, resurrección de los imperialismos pasados, que uno y otro país debían emprender unidos. Y es que Pessoa creía en la existencia de un “alma ibérica” y en la aportación espiritual que podía irradiar desde la península, capaz de contrarrestar las injerencias externas y extrañas. De ahí que se preguntara, en uno de sus poemas, “¿una Iberia, para cuándo?”

La Iberia que soñaba Pessoa no era, por supuesto, una unidad en la que los distintos pueblos quedaran supeditados a Castilla. Antes lo contrario. Identidades como Cataluña en el ámbito mediterráneo, o en el Atlántico el mundo galaico-portugués, conformaban los polos de un escenario complejo y diverso, en el que Castilla venía a significar, más allá de su pretendido papel preponderante y hegemónico, el contrapeso necesario de una geografía marcadamente oceánica y bilateral. Pessoa reconocía el potencial desintegrador de los particularismos españoles, que en el mundo americano habían supuesto la fragmentación de la herencia colonial hispana. Contrapunto al carácter homogéneo de Portugal, que había trasladado su uniformidad al gran estado brasileño. La unidad ibérica en la que pensaba Pessoa, debía ser capaz de superar las tendencias centrífugas de los nacionalismos peninsulares, que sólo podrían ser neutralizadas con la alianza

cultural entre las dos naciones. Una unión de naciones independientes que, en términos políticos, sólo podría tener su expresión en la construcción de una confederación republicana, asumiendo la unidad arancelaria o comercial y una estrategia de defensa conjunta. En ningún caso la monarquía española, incapaz históricamente de conjuntar las naciones que había albergado, podría permitir la materialización de este anhelo ibérico. El sueño de una Iberia que pudiera reunir el legado épico de su civilización pasada, libre de los desengaños dramáticos y de la sublimación lírica de su pasado imperial.

Una de las principales herencias que recibió Fernando Pessoa fue la de la llamada “Generación de 1870”, la primera generación portuguesa de escritores e intelectuales que tomó conciencia de su función educadora y cívica, que encarnó el espíritu crítico frente al convencionalismo político representado por el régimen monárquico, e interiorizó en su pensamiento y escritos la cuestión ibérica. Porque el iberismo y, con mayor intensidad, el anti-iberismo definieron en gran medida su posición literaria y conformaron su identidad como movimiento. Una actitud que vino marcada, tal y como indicaba el profesor José Carlos Seabra [*Universidade de Coimbra*], por la influencia y la fascinación que ejerció Alexandre Herculano, considerado un mito ético y social, y uno de los principales apóstoles del anti-iberismo. También por la reacción crítica contra algunos autores del romanticismo portugués, de una corriente secundaria –un segundo romanticismo–, de los que venían a rechazar el influjo de su anti-españolismo militante. Un ejemplo fantasmal de esta actitud hispanófoba la encarnó el poema narrativo *Don Jaime*, de Tomas Ribeiro, en el que contraponía los grandes valores nacionales lusos contra una Castilla que encarnaba la maldad y la perfidia. Frente a esta expresión anti-castellana y anti-española se pronunció la generación del setenta, con Eça de Queirós a la cabeza, o el propio Bulhão Pato, él mismo de ascendientes españoles, que rechazaron esa forma de entender la nacionalidad.

La influencia del iberismo en esta generación no puede entenderse, indicaba el profesor Seabra, si no se hace referencia a la revolución de 1868

acaecida en España. La cuestión dinástica que suscitó la expulsión de Isabel II planteó, como la opción preferida por progresistas y demócratas, la aceptación del trono por parte de la familia real portuguesa, bien en manos del rey don Luis, bien en las de su padre, don Fernando. Los intentos que desde el gobierno español se hicieron para conseguir que los Bragança se convirtieran en la nueva dinastía reinante, suponía la realización, en un corto plazo, de la unidad ibérica. Al mismo tiempo, los republicanos trataban de materializar su proyecto alternativo de federación ibérica, frustrando los intentos de los monárquicos y promoviendo la proclamación de la república en España que, por contagio, también se instauraría en Portugal, aspirando a federar en un mismo estado a las dos naciones. Fue este ideal federalista, republicano e iberista el que cuajó entre los intelectuales de 1870, recibido e integrado por medio de la influencia política y filosófica de Proudhon. Un proyecto defendido con firmeza por Antero de Quental en su obra *Portugal perante a revolução de Hespanha*, en la que planteaba abiertamente la federación de los dos países, única forma de que Portugal, a costa de su nacionalidad, saliera de su postración y decadencia. Fue precisamente esta conciencia de la decadencia, del atraso de los pueblos peninsulares frente al nuevo modelo de desarrollo, el que situó a ambos países dentro del “combate por la modernidad”, a sabiendas de que se encontraban en un estadio “premoderno”. El núcleo de la civilización, de la racionalidad, se encontraba en la Europa transpirenaica, situándose España y Portugal en una misma encrucijada, efecto de un pasado común, y ante un mismo vaticinio que les hermanaba.

El autor de esta generación que con mayor profundidad abordó la cuestión ibérica fue Oliveira Martins, quien construyó con solidez la idea de ese destino común en su *Historia de la civilización ibérica*. No obstante, Seabra señalaba que la contaminación política que Oliveira Martins introdujera en la literatura no debía leerse desde un punto de vista unívoco, sino que su iberismo va evolucionando, diluyéndose hasta colocarse en un segundo plano. Tal y como aconteció con otros escritores y políticos, como Sampaio Bruno, que desde su filiación republicana y socialista se situó en un princi-

pio a favor de la federación ibérica, matizando posteriormente su posición iberista hasta defender, apenas, la alianza peninsular entre dos estados independientes. En el caso de Eça de Queirós, esta nueva actitud se muestra en un mayor escepticismo y desconfianza hacia España, que pasa a un segundo plano en sus obras. Incluso en su novela *A Batalha do Caia* –que fue publicada ya muerto Eça bajo el título *A Catástrofe*–, aparentemente apocalíptica, que muestra la imagen de un Portugal no sólo decadente, sino catastrófico, inminente la invasión militar española, el papel representado por España resulta secundario, instrumental y tangencial. Y aunque esa visión del Portugal irreformable, inmerso en una decadencia insalvable, se mantiene en sus obras principales, y muy especialmente en *Os Maias*, la imagen de España en la literatura de Eça de Queirós admite una nueva lectura. España, igualmente decadente y postrada, sobre todo a raíz de la guerra con los Estados Unidos, pasa a convertirse en esa cultura desconocida que puede servir de antídoto frente a otras influencias extranjeras, y en concreto la francesa en *O francesismo*.

No obstante, frente al derrotismo que Eça impregnó a su generación, se percibe una curva en diversos autores, como Oliveira Martins o Sampaio Bruno, planteando la posibilidad de auto-superación de los pueblos peninsulares, admitiendo la evolución de estos países por nuevas vías en dirección a la modernidad. Pero, en ningún caso, supone una nueva emergencia de los planteamientos iberistas. El propio Teóphilo Braga, defensor él mismo de una república federal ibérica, y este viraje puede hacerse extensivo al grueso del republicanismo luso, tiende hacia la apropiación del sentimiento nacional, del que viene a despojar al régimen monárquico. José Carlos Seabra rememoraba el congreso republicano luso-español celebrado en junio de 1893, precisamente en Badajoz, en el que los proyectos pasados de federación ibérica eran sustituidos por una aproximación táctica de los republicanos de uno y otro país, embarcados los republicanos portugueses, con vistas a un cercano triunfo de la revolución, en su deriva nacionalista. Guerra Junqueiro, que no asistió al acto pero envió un discurso, daba entrada a un nuevo concepto de universalismo, no ibérico, del que Portugal y el

mundo lusitano formarían parte. Una corriente que pasaría después por Teixeira de Pascoaes o el propio Pessoa, llegando incluso a los tradicionalistas como Mario Beirão, desembocando en el “integralismo lusitano” de António Sardinha. En este autor, símbolo de la contrarrevolución, se expresa la contradicción, el conflicto, entre un nacionalismo intenso y, al mismo tiempo, la interiorización de un sentimiento ibérico, que materializaba en la defensa de una alianza peninsular. Una ambigüedad que dejará huella en otros autores posteriores, como Franco Nogueira, que dedicará especial atención a la presencia del iberismo en Sardinha. En cualquier caso, el iberismo y la propia España fueron desplazándose, como temas o centros de atención de la generación de 1870, hasta situarse en un lugar irrelevante. Una desatención que heredarán las generaciones posteriores y que, bien entrado el siglo XX, calmados ya los arrebatos provocados por la crisis del Ultimátum de 1890, vendrá a marcar la indiferencia peninsular perceptible en la literatura portuguesa.

CONFERENCIA DE CLAUSURA

Eduardo Lourenço [*filósofo y ensayista*] retomó la figura de Fernando Pessoa para abordar la cuestión de los nacionalismos peninsulares, haciendo una lectura redimensionada de la ya citada frase “mi patria es la lengua portuguesa”. Más allá de interpretar esta afirmación como una expresión nacionalista, Lourenço se desvinculaba de esa obviedad patriótica, para asimilarla con un concepto de identidad que supera la naturaleza empírica, en cuanto construcción histórica, de la patria. De hecho, para Pessoa, existían dos verdaderas identidades: la individual, que es universal por naturaleza, y la propia humanidad, que constituye una especie de universalidad colectiva. El resto de identidades son fenómenos políticos o ideológicos, que han dado nacimiento a las naciones, pero resultan circunstanciales y sujetas al devenir del tiempo. En cuanto a los nacionalismos peninsulares, se trata de una cuestión que carece de importancia y

actualidad para Portugal y, en el caso de España, tiene sentido en función de su propia historia. Es cierto que Pessoa conoció la emergencia de estos nacionalismos, pero siempre consideró que se trataba de un problema exclusivo de España, que en nada afectaba a Portugal. Y es que, en lo que respecta al tema nacional, ambos países tienen una historia que marca una total diferencia. Frente a la “España como problema” que, desde el punto de vista de las identidades, definió Ortega como un conjunto de naciones con voluntad de serlo efectivamente, en Portugal no existe, ni ha existido, nada semejante.

Frente al concepto de nación esencialista, Eduardo Lourenço reivindicaba la naturaleza rousseauiana del pacto social, en cuanto el deseo común de llevar a efecto un proyecto de vida en común. Enlazaba así con el carácter afirmativo del ser nacional, que ya definió Ernest Renan, en cuanto a la voluntad de tener un presente y un futuro colectivo, negando el carácter preexistente de la nación, de los que pretenden su existencia en sí misma. La lengua, en este sentido, está sujeta a la consideración de constituir el alma de una nación, en cuanto expresa la identidad y la diferencia. Pero esto no debe entenderse en un sentido estrecho y reducido. En el caso de España, y en esto coincide con Portugal, la lengua común, el castellano, está también vinculada a su carácter más o menos universal, que supera y prolonga el simple ámbito nacional. Los nacionalismos periféricos, como el vasco o catalán, deben reforzar antes su carácter plurilingüe que el ensimismamiento lingüístico propio, que les reduce a un ámbito estrecho y aislado.

Por otra parte, el profesor Lourenço avisaba de la condición de culpabilidad de los nacionalismos, en cuanto precisan afirmar su identidad sobre otras, en una tendencia hegemónica e imperialista y, por tanto, responsables de los grandes conflictos bélicos del siglo pasado. Una transformación del carácter natural y romántico de los nacionalismos originales, propios del siglo XIX, convertidos en ideologías perniciosas, efecto de una fase mórbida en el desarrollo del capitalismo internacional, encarnando movimientos totalitarios como el fascismo, el nazismo o el mismo estalinismo. Una perversión de los grandes ideales nacidos con la modernidad, contra los que

el nacionalismo ha actuado como un verdadero veneno mortal, patología de una forma natural de entender la nación y las identidades. Así lo entendió Pessoa al afirmar que “el nacionalismo es una degeneración del patriotismo”, corrigiendo la visión romántica y positiva de Oliveira Martins, negando toda opción idólatra y exaltada del hecho nacional. Frente a esa realidad imperialista, de pugna de unas naciones contra otras, Pessoa planteaba el retorno a una era pre-nacional, que situaba como modelo y origen en la Grecia arcaica; una resurrección del paganismo, de la civilización precristiana, que dejara a la humanidad libre de los efectos malignos del hecho nacional.

Para Eduardo Lourenço, el regreso de los nacionalismos, en su faceta perversa y antiliberal, tiene mucho que ver con el fracaso de la utopía de la construcción europea. En una coyuntura en la que Europa ha dejado de ser hegemónica y en la que se encuentra, por primera vez en su reciente historia, paralizada en su proyecto de ver construir el mito de “Europa como nación”, reaparece con fuerza el sentimiento nacional. De hecho, nos encontramos muy lejos de esa utopía universalista, en pleno retorno al viejo estatuto de la nación, que hace perdurable el riesgo de una guerra civil continua de unas naciones contra otras. Síntoma y causa de esta situación es lo que le ocurre a Francia, el paradigma moderno de la nación, en plena crisis de identidad. El estado francés, que ha encarnado el ideal de nación soberana y, además, el proyecto universalista e igualitario, se encuentra actualmente confundida, interrogándose sobre su propio ser, lo que lleva a extender y contagiar esta grave crisis de la conciencia nacional. Una situación que plantea un futuro abierto e incierto, que sigue teniendo, en su horizonte presente y próximo, el estatuto de nación como elemento central de la entidad e identidad de los pueblos. Como sintetizaría posteriormente el profesor José Carlos Seabra, la nación ocupa un lugar clave en el futuro, en cuanto representa la “madre antigua de los destinos nuevos”.

Una crónica, por el simple hecho de serlo, tiene una naturaleza esencialmente circunstancial e histórica, que difícilmente puede mantener unos mínimos rasgos de la inmediatez y actualidad de los hechos y palabras que

recoge y narra. De ahí que el lector que se acerque a este texto, meses o años después de celebrado este debate y pronunciadas las conferencias e intervenciones aquí sintetizadas –inevitablemente reelaboradas por el autor de esta crónica–, deberá abordarlo sin prescindir de la coyuntura que entonces, octubre de 2010, se vivía y percibía. Este carácter contextual no resta valor a los discursos, antes al contrario, los enriquece, dotando de significado e intención las preocupaciones, los puntos de vista y los argumentos que expresaron los participantes. Pasado el tiempo, no sé cuánto, el sentido que puede darse a este debate debe ser, en toda lógica, otro. Posiblemente, ciertas cuestiones aquí planteadas sigan teniendo toda su actualidad –esperemos que no las relativas a la crisis financiera internacional, que algunos agoreros ya vislumbran repetirse a pocos años vista–, dada la dificultad de resolver ciertos problemas estructurales, como el que concierne a la articulación territorial española, pero la interpretación y alcance que se dará al grueso de estas opiniones será, sin duda, diferente. Por ello, sin ningún ánimo de condicionar su lectura, séanos permitido señalar cuatro consideraciones concernientes, si no a la realidad, sí al menos a la sensibilidad o estado de opinión que entonces se percibía y que, de una manera u otra, colgaban como telón de fondo en esos días de otoño.

La ya citada situación de crisis, fundamentalmente económica, es fácilmente perceptible en los oradores, muy especialmente en los invitados portugueses, que colocaron el asunto de debate, la cuestión de los nacionalismos peninsulares, en un ámbito marcado esencialmente por la economía. Es cierto que Portugal, en estos momentos, se encuentra en una grave encrucijada, precisada de una reestructuración económica que ha venido aplazándose en las tres últimas décadas, que sólo ahora, al calor de los problemas derivados de la financiación de su deuda, viene por fin a situarse en el centro de la atención política. Sirva este sincero reconocimiento de una realidad negada o silenciada durante años, para entender y disculpar la sobredimensión de lo económico que integraron en sus discursos; una obsesiva identificación entre la independencia económica de Portugal y la pervivencia real y efectiva de su identidad nacional. La cuestión del

mercado ibérico, más allá de las prevenciones nacionalistas que haya podido suscitar, es considerada afortunadamente como una realidad sin retorno posible y de efectos beneficiosos para ambos países, que sólo puede avanzar hacia una mayor integración de las economías de uno y otro país.

Un segundo vector que marcó la dirección de las intervenciones de los oradores españoles fue el clima crispado que, en el debate político actual, envuelve la cuestión de los nacionalismos. Uno de los graves problemas irresueltos desde la transición a la democracia que no consigue abordarse, por parte de los partidos políticos y aun de la opinión pública, con la suficiente capacidad y confianza como para encaminar su solución por derroteros basados en el consenso. El ciclo político actual, con elecciones municipales, autonómicas y generales a la vista, no ayuda a establecer el clima de serenidad y sosiego suficientes, con unos partidos más proclives a dejar patentes sus diferencias que a señalar sus puntos de encuentro. Tampoco ayudan las estrategias habituales que vienen adoptando las fuerzas nacionalistas, que suelen moverse entre el victimismo y los envites soberanistas, lo que provoca la reacción y la falta de empatía por parte del mundo no nacionalista, que tiende a identificar los nacionalismos con sus caras más perversas y egoístas.

Una tercera referencia insoslayable es el grado de euroescepticismo que invade a la sociedad europea, en una coyuntura de marcada desagregación con respecto a una idea, un proyecto político, que fue capaz de infundir las mejores expectativas y esperanzas. El proceso de integración política, encallado desde hace años, no ha sido capaz de diseñar las vías precisas para delinear, dibujar siquiera, un horizonte próximo en el que concretar la forma y el sentido de una Europa unida. Incluso países señaladamente europeístas como Portugal y España se encuentran abatidos por la apatía, decepcionados ante las respuestas dadas por las instituciones europeas a los envites de la crisis financiera y la situación de sus respectivas deudas. Como fenómeno paralelo a esta crisis del proyecto común europeo, causa y efecto del mismo, el reverdecimiento de los nacionalismos de estado en Europa, que han desembocado en políticas que han primado antes los in-

tereses nacionales sobre los colectivos, afectando gravemente al equilibrio de poder hasta ahora existente. Una situación que, además de decepcionante, resulta para algunos alarmante, anuncio, para los más pesimistas, de problemas y conflictos futuros.

Por último, la cuestión del iberismo, trasunto de un intenso peso y bagaje históricos, pero que, en apariencia –y sólo en apariencia–, carece de toda actualidad. Más allá de su trasfondo literario y su pervivencia en la conciencia colectiva de las sociedades ibéricas, sigue persistiendo en el imaginario portugués, se quiera reconocer o no, una inevitable sensibilidad en todo lo que afecta a su identidad nacional. Por mucho que se haya avanzado en la integración económica y comercial de ambos países, a pesar del grado de cooperación bilateral y transfronteriza alcanzados, se mantiene por parte lusa ese ancestral recelo, esa secular prevención ante su vecino peninsular. Es cierto que esta mirada desconfiada hacia el otro no ocupa, como antes, un espacio central en los discursos públicos y colectivos, incluso pudiera dar la engañosa sensación de haber sido sustituido el anti-iberismo por un nuevo espíritu pro-iberista, pero se haga más o menos perceptible, se exteriorice en mayor o menor medida, esa actitud preventiva ante lo español permanece. Esta inercia provoca que todo cruce de miradas entre los dos países esté sujeto a unos condicionantes culturales, a unos presupuestos atávicos que, consciente o inconscientemente, condicionan el diálogo inter-peninsular. Y es que por mucho que lo queramos eludir o silenciar, España y Portugal se encuentran, hoy por hoy, entre los mismos prismas y ángulos que han ido definiendo su invariable geometría. ❖